



Terror
Fantasía
Ciencia ficción



Ediciones Turas Mór

36



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial.....	3
<i>La imaginación de Víctor Makinen</i> (CLAUDIO AMODEO).....	5
<i>El fin de la niebla</i> (ILEANA GÓMEZ GAVINOSER).....	16
<i>Al acecho</i> (EDUARDO POGGI).....	19
<i>De cómo la Famosa Inspectora Chupaldriba terminó con la corrupción en Nebulosa del Conde</i> (PEDRO P. ENGUITA).....	30
<i>Glio o la soledad del vigilante</i> (CARLOS PÉREZ JARA).....	35

NM

www.revistanm.com.ar

director@revistanm.com.ar / revistanm@gmail.com

<http://sites.google.com/site/revistanm> / www.facebook.com/RevistaNM

Dirección y grafismo: **SANTIAGO OVIEDO** / Corrección: **CRISTINA CHIESA**

Revista de distribución gratuita en formato electrónico,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan
la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**.

Safe Creative ID: 1504263933932

Se agradece por haber tomado parte en este número a: PABLO CROCI
y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada: "*The King in Yellow*" (SEBASTIÁN GIACOBINO)
<http://www.sebastiangiacobino.blogspot.com.ar/>

Musicalización estocástica: *Kali yuga* (ZAIRE)
<http://www.goeear.com/listen/803170a/kali-yuga-zaire-anibal-lovera-gabriel-pereira-spurr>

EDITORIAL

Para ERNST JÜNGER, cuando lo cotidiano trasparece el ser, cuando cobra “sentido”, se transforma en símbolo, que luego va degradándose en alegoría, para finalmente transformarse en cliché, en lugar común.

Para ese autor, el símbolo es el milagro de la existencia en el que el hombre logra ver tanto a sus prójimos como a las plantas, los animales y las cosas, y a él están consagradas las religiones.

La alegoría, a su turno, se caracteriza por la intercambiabilidad de las imágenes, entre las cuales no reina un orden jerárquico. Las estrellas son ovejas que pacen en la bóveda celeste, pero también las ovejas pueden ser vistas como estrellas dispersas en el pasto. La unidad que eso trasunta la hace bella, pero siempre tiene que intervenir la cultura o incluso el simple saber, para que no devalúe a mero juego. En tal sentido, la alegoría es más sólida cuando más se enraíza en el antiguo fondo simbólico.

El cliché, por su parte, no sólo es intercambiable a placer, sino que se lo puede reproducir hasta el hartazgo. Como muestra de un mundo industrializado y pragmático, carece de contacto con el mundo natural y con las obras de arte, que deben ser creadas por el espíritu y la mano, no por puro intelecto y formas muertas.

De ahí que si se trata de construir un edificio nuevo, respetando las medidas de uno antiguo, no se obtiene sino un remedo, porque los sistemas y la cosmovisión del espectador no son los mismos. De ahí que, si se pretende escribir siguiendo la receta de una obra maestra, lo que se obtiene generalmente no deja de ser sino un pastiche. Lo mismo sucede con el cine y cualquier otra expresión del arte.

En alguna época más abierta a la meditación contemplativa, donde la vida se desenvolvía con un ritmo más pausado, aún podía salir por imitación una alegoría, pero hoy, como fruto del “corte y pegue”, resulta casi inevitable imprimir un cliché, que apenas sirve para alimentar el ego de los miembros de un cenáculo cualquiera —a los que suele dar origen—, que se limitan a alabarse entre sí.

Ahora bien, el ritmo trepidante del desarrollo es inevitable. Es imposible volver atrás. Vamos hacia él a toda velocidad, como montados sobre los rieles de un tren bala. Intentar bajar de la formación es la manera más rápida de desnucarse. La mejor opción, por cierto, no es ir contra la corriente; tampoco dejar de andar.

Como escribe JÜNGER en *El libro del reloj de arena*, “más importante que el apearse es no dejar que en nuestro interior, en nuestra esencia y en nuestras aprobaciones, triunfe completamente el cliché, sino mantenerse abierto al símbolo. Así permanecemos dentro del bosque. En el bosque un instante puede compensar toda una vida que haya estado fluyendo dentro del tiempo mecánico. Entonces puede florecer la seca vejez, entonces el bastón del peregrino puede reverdecer al final de la peregrinación o hacer que broten fuentes de las rocas, golpeándolas”.

Por eso, en el inicio de su noveno año, **NM** le sigue dando espacio al individuo singular que se embosca para buscar sus raíces, aunque haya interesados en quemar los bosques con intenciones crematísticas. Porque es él quien debe batir en el monte los nuevos rastros de las mejores piezas, “recrear” los símbolos para que mantengan su vigencia.

Los cuentos que se incluyen en este número son, una vez más, ejemplo de eso.

S. O.

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 4. Las imágenes se trabajaron con IrfanView 4 y Gimp 2. La revista se armó con Serif PagePlus X6. Los archivos PDF se optimizaron con PDF-Xchange Viewer y jPDF Tweak 1.1.

LA IMAGINACIÓN DE VÍCTOR MAKINEN

CLAUDIO AMODEO

La primera vez que escuché hablar de Víctor Makinen no pude evitar reírme. ¿Qué clase de loco podría llamarse de esa manera? ¡Y además pretender que se le creyera! Si alguien hubiera aventurado que mi vida se cruzaría con la suya le habría dado una paliza por atrevido, o al menos le hubiera dedicado un rosario de insultos.

Víctor era un personaje indeseable pero curioso. Era un delirante que decía venir del futuro, de un futuro donde el mundo era maravilloso y en el que cada uno de nosotros podía ser feliz, y se dedicaba a esparcir por las redes sociales un montón de frases hechas y lugares comunes con una habilidad asombrosa y envidiable. Nadie lo conocía personalmente, pero tampoco nadie dejaba de hablar de él. Su discurso se propagó a través de la web como un virus y en poco tiempo se convirtió en el *boom* del año. En las redes sociales se co-

mentaban sus últimas declaraciones y se discutía la potencialidad de sus palabras. Y a pesar de que nadie decía creer en ellas, todo el mundo las analizaba desde un punto de vista diferente. Los sociólogos dedicaban buena parte de sus días a la exploración del metamensaje presente en cada una de sus afirmaciones, como si Víctor no hiciera otra cosa que metaforizar sobre la realidad que nos tocaba vivir. Tomaban sus declaraciones en sentido figurado y buscaban desde allí pintar el panorama de un mundo cada día más extraño.

Pero lo que no entendían era que Víctor hablaba en serio. Allí radicaba su locura, y de allí que yo me enfureciera cuando se me relacionaba con él. ¡Bah!; en realidad, cuando se profetizaba ese tipo de relación. ¡Era para reírse! Y también para llorar, claro, porque las redes sociales son de todo, excepto indulgentes. El desparpajo

que podía demostrar una sociedad completamente desinhibida era sólo comparable con la capacidad imaginativa de Víctor Makinen. Y la absoluta carencia de remordimientos convertía aquel hábitat virtual en el ideal para el desarrollo de otra de las tantas locuras de nuestro siglo.

Esa mañana Víctor había dejado caer en FB la noticia de que yo era —sería— su madre. En realidad escribió mi nombre, que es tan común que bien podría haber hecho referencia a otra mujer, pero de todas maneras fue suficiente para que se desatara un revuelo enorme en mi vida. Mi esposo estalló de furia y me acusó de un extraño tipo de infidelidad conyugal del que yo apenas estaba al tanto. Lo cierto es que soy un extraño espécimen de mujer-desconectada-del-mundo. No frecuento las redes como debiera, como lo haría una ciudadana normal de nuestra era. Por tal, no estaba al tanto de los chismes que se tejían alrededor de la figura de Víctor, ni de los que, aparentemente, me incluían en sus asuntos. Rafael, mi esposo, mi Otelito personal, me envió una docena de reclamos descabellados a mi casilla del trabajo y me llamó otras tantas veces al celular en el transcurso de la mañana. Estaba fuera de sus cabales y se estaba extralimitando. Se lo dije, y le advertí en buenos términos que la palabra “traicionera” acabaría jugándole en su contra. Entonces pareció comprender. Se desdijo de la sarta de insensateces que me había disparado y aceptó oír mi parte del asunto. La única parte del asunto que mostraba algo de coherencia.

—Ese tal Víctor es un loco, Rafa.
¿De qué mierda me estás hablando?!
¿Sabés cuántas Noelias Ramírez hay en este país?!

Obviamente perdió toda capacidad de respuesta y se disculpó hasta el cansancio. Habló durante otra media hora acerca de lo mal que le hacían las redes sociales a la vida conyugal y coronó esta escena de celos shakespeariana con una docena de rosas en casa por la noche y una buena dosis de sexo ortodoxo. Nada del otro mundo, pero lo suficiente para que acabara perdonándolo y aceptando sus promesas de no volver a hablar del tema.

Sin embargo, no fue él quien insistió, sino todos los demás a mi alrededor. Decían que yo debía hacer algo con aquel psicópata, que al usar mi nombre estaba abusando de mi figura pública (¡mi figura pública, como si existiera semejante cosa!), poner a un abogado, denunciarlo por calumnias e injurias y pedir que se le prohibiese el acceso a los sitios públicos de Internet. Pero yo no iba a aceptar semejante delirio. Lo peor que podía hacer era tomarme todo eso en serio. Hasta ese momento no había leído más que unas pocas líneas suyas y creía que la cosa debía continuar igual. No hacerlo habría sido caer en su juego y aceptar que el mundo invadiese mi vida privada, habría sido abrirle las puertas de mi casa y dejar que todos ellos entraran y tomaran cuanto quisieran.

Simplemente me senté a esperar que todo ese asunto pasara y que fueran los sociólogos los que se encargaran de encontrarle el lado figurativo

a esa patraña de la maternidad. Pero tal cosa no sucedió. ¡Que alguien me explique por qué su discurso desequilibrado jamás fue tomado tan en serio como aquella vez! ¿Acaso les parecía posible que un desconocido afirmara que venía del futuro y que cuando naciera lo haría desde un vientre que podría ser el mío? Pero, ¿en qué estaban pensando todos? ¿No se daban cuenta de lo descabellado que sonaba aquel planteamiento? ¿Podía ser yo la única que clamara por la razón y el sentido común?

El detonante llegó dos días después, con un exasperante cartel rojo en el noticiero de las 21.

Decía: *Noelia Ramírez, la madre del Mesías internáutico, ¿es la Virgen de nuestros tiempos?*

Ver mi nombre allí escrito me hizo saltar literalmente de la silla y gritar en forma desbocada.

—¿¿Virgen de qué?! ¿¿Pero es que están todos borrachos?!

Golpeé la carcasa del televisor y le di un puntapié al control remoto como para ponerlo en órbita. Mis cabellos cobraron vida como los de Medusa y toda mi piel tomó el color verde de la mujer Hulk que estallaba en mi interior. Me arqueé frente a la pantalla y solté una andanada de improperios dignos de un barrabrava. Rafa me observó como un niño asustado y no intervino en ningún momento. ¡No movió un dedo! ¡No se levantó del lugar ni me cobijó entre sus brazos! ¡No, el desgraciado me dejó hacer la escena más humillante de mi vida y se quedó allí para observarla! Lo insulté también a él antes de perder el aliento y caer redonda en el parqué.

Fue algo así como: *¡Rafa, la puta que lo parió! ¡No ves que estoy recaliente! ¡¿Por qué me dejás hacer estos papeles?!*

Palabra más, palabra menos.

Luego, la pantalla roja dejó paso a otra que hacía algo de justicia, pero que no alcanzaba a calmar mi furia. Ésta decía: *Sólo en nuestra ciudad hay una docena de homónimas. ¿Quién será la mujer indicada?*

Acabado el noticiero se emitió un programa dedicado al boom de Víctor Makinen, y debo admitir que le presté toda mi atención. Es que quería entender cómo aquella locura había alcanzado mi entorno familiar y a mí particularmente.

Entonces comprendí que Víctor no era sólo un loco, sino también un genio. Y su genialidad radicaba en su poder de imaginación. Si algo había capturado la atención del mundo con tanta fuerza era su capacidad de tomar partes de nuestra realidad y transportarlas a ese lugar extraño donde él dejaba de ser un loco y se convertía en un dios. Y Noelia Ramírez era sólo un eslabón más en su creación. Pero, ¡vamos, qué eslabón! Podía haberla convertido en la vecina chismosa del barrio, o en una simple verdulera, pero no, ¡tenía que ser su madre!

El delirio de Víctor estaba bien estructurado. Su mundo se componía de piezas del nuestro que en él encajaban con una coherencia asombrosa. Incluso en mi caso, si yo fuera su madre, compondría un mejor papel que el de estúpida-mujer-casada-seudoindependiente que me tocaba en suerte en la realidad. Muchas otras personas, citadas con nombre y apellido, se

podieron ver a sí mismos trasladados a este sitio extraño y, de alguna manera, se agradaron. Allí tenían participación activa, mientras que aquí eran sólo números. Allí se podían considerar protagonistas, no meros actores de reparto o extras sin voz ni voto.

Y la idea les tentaba. Tanto es así que varias de las citadas personas cambiaron su forma de vida de acuerdo con los relatos de Víctor. El caso más recordado es el de Pablo Montés, que abandonó a su mujer y a sus hijos, y con los ahorros de toda una vida de trabajo se compró una avioneta, con el convencimiento de ser un experimentado piloto. Sobrevivió a un primer vuelo, que lo llevó hasta la provincia de Córdoba, pero allí se estrelló contra los picos montañosos en su segundo intento de cumplir con su nuevo destino.

El cronista hizo un paréntesis y aclaró que la idea de Víctor Makinen de convertirse en un profeta de la Red no era del todo original. Recordó que allá por el año 2000 un tal John Titor se declaró también como un visitante del futuro a través de los medios internáuticos y obtuvo una buena cantidad de seguidores. Hizo algunas profecías para convencer a su audiencia y acabó desapareciendo del medio público en marzo de 2001, antes de que se pudieran corroborar o desmentir sus primeros anuncios.

Luego del programa busqué en la Wiki algo de información sobre ese tal Titor y hallé bastante más de la que necesitaba.

Concretamente, todo estaba en http://es.wikipedia.org/wiki/John_Titor. En esa dirección web decía que Titor

comenzó a escribir en un sitio de chateo con el seudónimo de TimeTravel_0 y que al principio sólo hablaba de la posibilidad de construir una máquina del tiempo. Luego, al reunir un grupo importante de seguidores, optó por el nuevo seudónimo y la idea de ser él mismo un enviado del futuro. Mientras más leía sobre él, más me alegraba de las coincidencias con Víctor. Era como responder a los interrogantes de uno con los embustes del otro. Y, por cierto, los dos demostraban ser muy hábiles en sus tareas. Acabé yéndome a dormir con la satisfacción de haber confirmado que todo el asunto era una absoluta pérdida de tiempo y que ya no debía darle más cuerda.

Sin embargo, antes cerrar los ojos, en la oscuridad de la habitación, acaricié mi vientre con una mano y no pude evitar que se me escapara un sollozo.

Rafa, como siempre, roncaba.

Al día siguiente, la oficina era un hervidero de murmullos. Intenté cruzar ante todos como de costumbre y me alojé en mi box, intercambiando apenas unas palabras cordiales con mis compañeros. Luego de varios minutos tensos, en los que ninguno me quitaba la vista de encima, Gentile, el gordito retacón de Finanzas, venció su miedo y se aproximó a mí.

—¿Es cierto, Noe...? ¿Es cierto que estás embarazada?

Lo miré con repugnancia y le mostré los dientes. Palideció.

—¡Pero vos sos estúpido?!

El gordito reculó mientras intentaba unas disculpas y golpeó contra el

box de María. Le pidió disculpas a ella también y desapareció por el pasillo a paso veloz.

En el salón estalló un coro de risitas mal disimuladas.

—¡Es un idiota! —dijo mi compañera—. ¿Qué esperabas? Todo este lugar está lleno de imbéciles.

Afirmé con un movimiento de cabeza y me hundí tras la pantalla de la computadora. Tecleé algunas cosas, pero no alcancé a comprender qué estaba haciendo. Mi mente se negaba a enfocarse esa mañana.

—¿Estás bien, Noe? —me preguntó María, al cabo de unos minutos—. Digo, más allá de las pavadas de la tele de ayer. ¿Te sentís bien?

Dejé la computadora a un lado y la miré a los ojos. Sentí que una vergüenza enorme me embargaba.

—¿Sabés, Mary...? —le dije temblando—. Lo de anoche me afectó mucho... No es que le preste atención a esas estupideces, pero lo de la maternidad es un tema muy complicado en mi vida.

Ella pareció entender y bajó la voz.

—¿No podés quedar...?

Asentí.

—Nunca me hice estudios, pero creo que la culpable soy yo. Rafa no puede ser... Él es tan... sano...

—¿Y por qué no te sacás la duda?

Me mordí los labios. ¿Y por qué no lo hacía? Era verdad; el planteamiento estuvo siempre allí, pero yo no lo quería ver. ¿Por qué no lo hacía? Pues porque seguramente no quería saber el resultado. No quería que me dijeran en forma categórica que era una mujer estéril y que me quitaran

de las manos las últimas esperanzas. Sí, por eso.

—No sé —dije—. Debería ir.

—¡Bien dicho! Mirá, si querés te puedo pasar los teléfonos del instituto donde se hizo los estudios mi hermana... Es uno de los mejores lugares.

Bajé la cabeza y levanté una mano.

—Dale, algún día tendré que hacerlo.

Tomé nota de los teléfonos que me pasara María y llamé a Rafa a su oficina. Su voz parecía acobardada. Seguramente tenía frescos en la mente los gritos desquiciados que le había lanzado la noche anterior.

—Perdón —le dije.

—Sí, está todo bien. No te preocupes.

Lenta pero decididamente le fui comentando mi idea de hacernos los análisis y él pareció despertarse de pronto y, en cierta medida, alegrarse.

—Por supuesto que quiero. Hoy en día es un estudio tan común... Y hay tantas formas de que quedes embarazada.

—Gracias, Rafa. Te amo.

Me comprendía. Al menos ahora, en un momento tan difícil, mi esposo me comprendía y me apoyaba. Era lo que necesitaba, el empujón para animarme a avanzar y resolver aquellas cosas que habían quedado inconclusas en mi vida.

Cuando llegamos al Centro de Fertilidad y Andrología los miedos reaparecieron y por un momento dudé. Rafa me miró y me aseguró que todo iría bien, que no me preocupara. Por una

vez no puse en tela de juicio sus palabras y le hice caso. Entramos. La atención fue más cordial de lo que imaginaba y una secretaria nos pasó a explicar los procedimientos que nos realizarían, como si se tratara de una receta de cocina. Todo parecía simple y rápido, pero yo sabía que no lo era. Y no quería que lo fuera. Que se tomaran su tiempo y no fallaran en sus diagnósticos. No sabía si sería capaz de regresar para repetir los estudios.

En pocos minutos, Rafa y yo nos separamos y cada uno realizó la parte del trabajo que le correspondía. Mientras me escaneaban con sus máquinas zumbantes pensé que él la estaría pasando un poco mejor. Al menos tendría una revista con la que entretenerse. Yo, en cambio, debía quedarme quieta y tratar de no torturarme mentalmente antes de tiempo. Algo tan difícil como intentar no decir lo que pensaba tan a menudo.

Al cabo de unas horas nos reencontramos y nos dedicamos una sonrisa benévola. Rafa me mostró su diestra e intentó una broma, pero yo estaba demasiado nerviosa para reírme. La secretaria regresó con nosotros y nos pidió paciencia, que no nos desesperáramos y que regresáramos la semana siguiente para obtener los resultados.

Cuando salimos sentí que un enorme peso abandonaba mi cuerpo y creí que flotaba.

—Ya dimos el primer paso —le dije a Rafa, y él me devolvió otra sonrisa enorme.

Una semana después de su última declaración, Víctor Makinen escribió

unos pocos caracteres para anunciar que la fecha de su nacimiento se estaba aproximando. Como de costumbre, yo me enteré porque me lo contaron en la oficina, y con unos cuantos meses de retraso, ya que nadie se animó a mencionarlo luego de mi última reacción. Para ese momento yo ya estaba atravesando una de las etapas más felices de mi vida y difícilmente permitiría que algo así me afectara. Sin embargo no pude evitar que un escalofrío me recorriera la espalda y que mi vientre se convirtiera en una roca.

—¿Será sólo una casualidad...?

La expresión de María lo decía todo. Tragó saliva.

—Afortunadamente —dijo en un susurro desde su box—, no ha hecho más comentarios al respecto desde esa vez. Ni siquiera mencionó tu nombre nunca más. Sólo habla de su mundo y de lo lindo que es. Quizá el tipo haya entendido que se extralimitó usando nombres verdaderos y que en cualquier momento le podía caer la policía. Debe estar tratando de hacer buena letra, porque será un demente, pero no es estúpido. Sabe que por más anónimo que sea, siempre hay forma de que lo atrapen.

—Sí, puede ser... Pero a mí me intriga cómo hace para enterarse de todo. ¿Será un maniático que persigue a la gente y la investiga...? ¿Me habrá estado vigilando?

María cambió de actitud y movió las manos delante de la cara.

—¡Pará, pará! ¡No te embrolles tanto que te va a hacer mal! Si ya no menciona tu nombre es porque pasó a otra cosa. Punto. Estos locos actúan

así. Vos relajate y cuidá a ese bebé, que es lo más importante.

Acaricié mi vientre y suspiré.

—Tenés razón.

Y luego traté de pensar en cosas hermosas y en él, en Lucas, y en su pronta llegada, y le hablé en mi interior, intentando transmitirle una calma que yo misma no tenía. Poco a poco conseguí aislarme del asunto de Maken y serenarme, y el vientre se relajó al fin.

Por la noche, cuando se lo comenté a Rafa, en la oscuridad de la habitación y sin ruidos molestos a nuestro alrededor, la tensión regresó a mi abdomen.

—Ya no le prestes atención —me dijo—. Es sólo una simple coincidencia. Ese pobre infeliz no merece que hablemos de él.

Dejé pasar unos segundos y luego asentí. Pero el malestar continuaba y la voz interior ya no lograba calmarlo. No importaba cuánto le susurrara ni le cantara. El bebé estaba tan tenso como yo. Lo sentía.

Sólo cuando lo llamé Víctor pareció serenarse.

Luego de que la inseminación artificial se mostrara exitosa debí acudir periódicamente a control especial. Los médicos habían encontrado algunas dificultades en mi útero y en las respuestas de mi cuerpo (¡vaya uno a saber qué clase de respuestas eran, pero nada agradables, por supuesto!), y pensaban que tal vez los últimos meses los debería pasar, si no internada, al menos con reposo absoluto. Y ya cuando entraba en el sexto mes tuve que darles la razón, porque no podía

levantarme de la cama que las contracciones y tirones y lo que fuera que me desgarraba por dentro me hacían morir del dolor. Pasé licencia en el trabajo y Rafa contrató a una empleada para que me cuidara mientras él no estaba. La opción hubiera sido mi suegra, pero gracias a Dios ella vivía en Mendoza y, por no sé qué refacciones en su casa, no podía viajar hacia aquí.

Todo el sexto mes fue un suplicio y el calor furibundo de enero no ayudaba en nada. Cuando entré en el séptimo mes ya no lo soporté más y pedí que me internaran. Algo andaba mal, lo presentía. A Rafa, ¡pobrecito!, lo desperté a las dos de la mañana y lo hice salir a la carrera conmigo en brazos. En la clínica me pusieron bajo observación y respondieron con absoluta profesionalidad, pero las cosas empeoraban. Mi cuerpo se descompensaba. A veces pienso que si la naturaleza nos marca con una cruz es difícil que acabemos saliéndonos con la nuestra. Podemos burlarla por un tiempo, pero a la larga nos alcanza y nos hace pagar las travesuras. Estuve sufriendo durante dos semanas (los dolores eran atroces, pero más me dolía la tortura mental que todo esto significaba), hasta que el médico decidió que era hora de una cesárea. Lloré. Lloré por el temor de que le pasara algo a Lucas, pero también de vergüenza, porque en algún punto de mi mente deseaba que me lo sacaran de una vez.

La intervención llevó varias horas y los rostros eran cada vez más sudorosos y menos agradables. Por fin, cuando Lucas apareció y me lo mos-

traron creí que todo había acabado y que ahora podría descansar. Pero me equivoqué. Mi bebé estaba muy débil y debía ir de inmediato a la incubadora, a recibir cuidados especiales y controles exhaustivos. Demasiados controles para una criaturita tan pequeña. Rafa lo siguió cuando lo sacaron y no les perdió pisada a los médicos en ningún momento. Sé que fue así, porque cuando se lo propone, puede ser verdaderamente implacable. Por él puedo estar segura que fue a Lucas a quien lloré esa tarde y no a otro bebé cambiado. Por él puedo saber que el agujero enorme que llevaba dentro era legítimo y no un engaño más de este mundo cruel.

Pasaron cuatro años desde aquella desgraciada tarde de verano y yo apenas lograba recobrar la sonrisa en mi casa y con algunos amigos. El trabajo lo había perdido al año de la muerte de Lucas, porque ya no podía regresar y enfrentarme a los rostros de toda aquella gente desagradable. Luego me mantuve haciendo pequeñeces desde casa que me permitían ayudar a Rafa a pagar algunas cuentas. La compra y venta de ropa me tuvo distraída unos cuantos meses y me llevó a conocer mucha gente y muchas historias de vida similares o peores a la mía, y aquello fue ayudándome a restablecer mi psiquis, como complemento de las infatigables sesiones del doctor Carnevale.

Durante todos esos años me alejé definitivamente de mis anteriores grupos sociales y perdí, si es que alguna vez lo tuve, el hábito de ojear las redes de Internet. Por ello, cuando re-

descubrí el hilo de Víctor Makinen y noté que aún seguía vigente, decidí que debía ponerme al día con todo lo que había ocurrido.

Lo primero que encontré fue un mazazo demoledor: fechado en el mismo día de la muerte de Lucas aparecía un escueto mensaje de Víctor, diciendo simplemente "*Gracias, mamá*". Yo estaba sola en casa, por fortuna, porque los alaridos de horror que esto me arrancó habrían asustado a Rafa o a cualquiera que estuviese presente, hasta el punto de creer que había enloquecido. Era horror, espanto, pero al mismo tiempo desahogo y liberación. Mi mente no podía pensar en otra cosa que en una inexplicable casualidad, pero mi corazón me decía que esas dos palabras encerraban un mensaje mucho más poderoso, casi divino.

Cuando logré reponerme continué la lectura cronológica con avidez y así fui enterándome de cosas del mundo de Makinen que yo jamás me había detenido a pensar. Cosas como que allí no existían los gobiernos representativos ni autoritarios, y que las reglamentaciones tenían ciclos de vida y se ajustaban a la realidad de la sociedad. De tal manera, cuando había sequía y grandes pérdidas en los campos, entraban en vigencia las denominadas "leyes emergentes", que alteraban prácticamente la vida de toda la sociedad, desde las tarifas impositivas hasta los puestos laborales de cada ciudadano. Esta reacción social podía compararse a la que existe dentro de una gran familia, donde los hermanos o los tíos se encargan de levantar a los caídos en desgracia o de reemplazarlos en sus tareas, de

ser necesario. No había “cabezas visibles” entre los ciudadanos, sino que todos se encontraban en un nivel horizontal, y las decisiones que debían tomarse se realizaban con el consenso de las partes involucradas, debiéndose dejarse sin efecto si una mayoría se oponía posteriormente.

Mientras leía éstas y otras facetas organizativas del mundo de Makinen no podía dejar de pensar en lo utópico que sonaba todo y en lo directo y efectivo de su mensaje. Simple: era una estafa. Lo que no me quedaba claro era la motivación final de Víctor. A veces parecía que sólo perseguía la trascendencia personal, la fama indiscriminada, la alabanza de un grupo de fanáticos, que lo mismo seguiría a un músico, a un deportista o a un líder espiritual que le mejorase la capacidad torácica a la gente. Otras veces parecía haber un trasfondo económico en su accionar; un pedido solapado de apoyo para materializar “partes” de su mundo en éste. Por último, creí detectar en él una necesidad afectiva tan profunda como la que yo misma estaba atravesando en esos momentos. En periodos, que a veces se extendían por meses, Víctor dejaba caer mensajes sueltos que clamaban por atención y empatía. Los que más me habían resonado eran líneas oscuras como “Hace frío aquí, sin las manos que me quieren” o “Tan grande y hermoso paraíso y nadie con quien compartirlo”, líneas que pasaban casi inadvertidas en un maremágnum de mensajes y respuestas de los seguidores y/o detractores, y que parecían aportar a la postura de los sociólogos de la existencia de un

lenguaje simbólico, puramente metafórico.

Organizar toda la información presente en la red desde cuatro años atrás hasta la actualidad me llevó varias semanas de trabajo, y varias discusiones conyugales en casa. Por más que quise mantenerlo en secreto, Rafa notó cambios en mí que lo llevaron a husmear en mis historiales de navegación. Allí se encontró con toda mi investigación sobre Makinen y regresó a su postura cerrada y machista. Me exigió que lo dejara, que lo olvidara y que intentara salir de casa más a menudo y disfrutar de los espacios abiertos. Y yo, que estaba con pocas ganas de reñir, le di el gusto en parte, acompañándolo a sus partidos de pádel y a sus “asados de trabajo”, pero continué con mayores precauciones con mi tarea investigativa, porque me hacía pensar que estaba desmadejando un gran ovillo que, en cierta forma, era mi propia cabeza.

En poco más de un mes llegué a componer una idea acabada de la cosmovisión de aquel loco genio y, debo admitirlo, quedé bastante asombrada. Al arribar al último año de su participación en las redes sociales, me encontré con un hilo que me sacudió de pies a cabeza. El tema se llamaba “Villa Martina” y trataba sobre la posibilidad concreta de construir, en una zona alejada de la provincia de Buenos Aires, una ciudad completamente funcional que se rigiera por las normas e ideologías de Víctor. Dicho con sus propias palabras, “Villa Martina será nuestra isla en este mundo egoísta y viciado. Un pedazo de mi paraíso puesto al alcance de todos

para que puedan sentir y compartir esto que desde siempre quise transmitirles". La idea me avasalló. Enloquecí.

Más adelante descubrí que un benefactor había donado tierras en las afueras de Bragado, en el kilómetro 8,2 de la Ruta Provincial 46 (Google daba estas coordenadas: -35° 0' 19.04", -60° 35' 50.83"), cerca de una laguna visitada sólo por algunos pescadores de tarariras. Víctor había celebrado la noticia y había puesto en marcha los mecanismos necesarios para hacer realidad la villa.

Con desesperación, debo admitirlo, busqué las coordenadas en el mapa interactivo y quedé boquiabierta. Amplié cuanto pude la resolución y sentí que el corazón se me paralizaba. Estaba allí. Todo. Cada calle, cada casa, todo lo que en los mensajes, en las idas y vueltas, aportaba la gente de sus conocimientos de urbanismo.

—¡Villa Martina! —exclamé en un susurro y me tapé la boca, temiendo que Rafa en la habitación aún no se hubiera dormido. No lo podía creer. Makinen había ido muy lejos, mucho más que ese pobre infeliz de Titor, mucho más. Era un fraude y un estafador, pero lo había hecho. Le había dado a sus seguidores lo que ellos le habían pedido.

Ahora sólo restaba saber si el lugar estaba habitado. Regresé a la red social y me quedé maravillada al leer algunos párrafos de lo que ellos llamaban "El libro de los nuevos vecinos". Eran muchísimas notas, y todos los días se multiplicaban. Leí:

"Leonel Protti, su señora y la pequeña Mía se trasladaron a calle 3 al 250.

¡Son una familia genial! No paramos de reírnos desde que llegaron. ¡Qué carácter, por Dios!"

"Esta tarde aparecieron dos pescadores nuevos en la laguna. Uno se identificó como Miguel Rigo y resultó ser un nuevo vecino de la calle 6. El otro, apellidado Frontera, nos pareció bastante más entrador y jovial, pero desapareció de la villa al caer la noche. Dijo algo de un congreso al que debía asistir. ¡Una lástima! ¡Parecía buena persona!"

"Claudio Amodeo y familia arribaron esta mañana a la calle 11 al 520, a doscientos metros de donde vive su hermano. No vimos cuándo bajaron las valijas del auto, pero fue cuestión de minutos descubrir el olorcito a asado saliendo de la chimenea de su parrilla. ¡Bienvenidos, vecinos!"

Las historias no acababan nunca y yo me reía en la oscuridad del comedor, mirando la pantalla de la computadora y sintiéndome cómplice de algo que me parecía maravilloso. Avancé un poco y me detuve en otro párrafo impactante:

"Hoy nos encontramos con Víctor en el patio de los nuevos vecinos Celen-tano. Le estaban festejando su cumpleaños número 4 con una gran producción. ¡Les queremos dar las gracias de parte de toda Villa Martina por su generoso gesto para con nuestro mentor!"

Mis ojos se clavaron en la fecha del mensaje y temblé. Era del 10 de febrero, el día exacto en que Lucas cumpliría cuatro años. Palidecí y sentí que todo me daba vueltas. Corrí al baño creyendo que vomitaría, pero nada salió de mi boca. Me refresqué la cara

frente al espejo y me escruté en él durante unos minutos. Tenía la mirada de una demente. ¡Estaba loca, qué más! ¿Cómo no estarlo frente a tantas coincidencias? ¿Cómo hacer ahora para aceptar que era todo un embuste, un fraude bien pergeñado, minuciosamente ejecutado a lo largo de tantos años? No lo sabía.

No acerté con una respuesta y decidí que debía volver a ver todo aquello una vez más, por si acaso mi vista me hubiera engañado y mis deseos traicionado. Pero no. Todo estaba allí. Las fechas eran las mismas. Las palabras, los elogios, los nombres... ¡Vaya, algunos me parecían familiares! Continué buscando más y más mensajes del libro de los nuevos vecinos y me detuve en cada uno de los que hacían referencia al encuentro con Víctor Makinen. Los rasgos que describían de ese niño eran asombrosos; el color de sus ojos, de su pelo... Por un momento creí que aquella descabellada idea que crecía en mi interior podía ser cierta. ¿Cómo negarla? ¿Cómo luchar contra ella...? ¿Y por qué hacerlo?

Alrededor de las tres de la mañana tomé una determinación y me puse en marcha. Agarré mi cartera y revisé mis cosas. Documentos, llaves, dinero. Luego saqué una hoja de papel

del anotador de la cocina y escribí unas líneas sencillas. Dejé la nota en un lugar bien visible sobre la mesa del comedor y me alejé hacia la puerta. Allí tomé mi abrigo del perchero y salí a la calle oscura y fresca de una Buenos Aires otoñal, deseando que todo saliera bien. ¡Tenía que salir bien! Pensé en la nota que acababa de escribir y afirmé con la cabeza. Rafa me entendería. Allí le decía claramente: *Me fui a Villa Martina a buscar a Lucas. Por favor, venite a vivir con nosotros.*

¿Por qué no podía ser cierta toda aquella fantasía ideada por un genio loco, si, después de todo, no era más descabellada que la fantasía que me tocaba vivir a diario? ¿Qué importaba si era una gran mentira, si todos la compartíamos y la aceptábamos? ¿Acaso era más real mi vida anterior que esta nueva a la que nacería? ¿Acaso no era yo el producto de mi entorno y de mis propias limitaciones mentales? Entonces, ¿qué importaba si elegía un nuevo rumbo para mi vida, una nueva apariencia y una nueva oportunidad? ¿Qué importaba?

Segundos antes de subir al tren y dedicar una última mirada a la vieja ciudad, ya sabía la respuesta.

© CLAUDIO AMODEO, 2014.

CLAUDIO ALEJANDRO AMODEO
(Argentina —Buenos Aires, 1977—)

Activo escritor, vastamente publicado, administra la ciberbitácora “Sobrevolando mundos” (<http://www.sobrevolandomundos.blogspot.com.ar/>).

En **NM 14** colaboró con el cuento “El reflejo”.

EL FIN DE LA NIEBLA

ILEANA GÓMEZ GAVINOSER

Al fin sobrevoló los espacios sin nubes, intergalácticos, y se aproximó cada vez más al confín del desierto. Mostraba una imagen triste y más bien nostálgica, porque acaba de presenciar la autodestrucción de una estrella cercana. Corrió hacia la tierra del planeta para observar desde allí la caída de sus pedazos, las chispas de fuego que se desprendían, las nubes de gas desatándose y bailando sin gravedad fuera de su pretérita órbita. Pensó que tal vez podía, desde la superficie llana de la planicie, contemplar las líneas torcidas que describían los trozos de estrella al caer y recordó que quizá esa mirada puesta en el negro cielo tardaría años, siglos. ¿Qué trayectoria recorrer ahora que estaba sin su punto de referencia? Crecía en su interior una fatigada sensación de soledad acompañada (si es que la soledad se puede “acompañar”) de una sensata despreocupación.

Cuando descendió, supo que la humedad le depararía alguna forma de vida, aunque en ese preciso momento pisaba un suelo de rocas metálicas, de singulares formas extrañas. Una manera rara de sobrevivir. La niebla oscurecía el horizonte, pero las gotitas de lluvia que la componían mojaban con un rocío rojo, ardiente, su rostro descubierto. No tenía palabras para describir todo esto, pero al cabo de una hora empezó a sentir lo agradable que era andar sin rumbo fijo. Luego sintió muy hondamente que sus reacciones no concordaban con su habitual personalidad, siempre lista para prever las situaciones, para reaccionar oportunamente ante las circunstancias, para meditar los pasos de su futuro, para adelantarse a la realidad.

“No es lógico”, pensó, e hizo un gran esfuerzo sobre sí mismo para recuperarse del adormecimiento de

sus facultades, que le era provocado por la sutileza y volatilidad del ambiente exterior. Y volvió a su antiguo realismo, aunque no negó lo fantástico de andar sin necesidad alguna. Resolvió sacudirse, pellizcarse, para no soñar despierto banalidades. Semejante indolencia tampoco (¡menos!) era permitida por él; por lo tanto, se obligó a razonar seriamente sobre su destino inmediato.

Las pisadas sobre las rocas metálicas apenas se sentían en aquel colchón turbio y denso de niebla y agua.

Tomó entonces una rápida decisión. Volvió hacia atrás y regresó recorriendo nuevamente el camino trazoado sobre las informes rocas. La niebla no tenía fin y retornó aferrándose a su radio, que poseía una brújula electrónica, perfecta, diseñada exclusivamente para sus viajes, para que cada uno de ellos tuviera regreso.

Ya en su nave dio rienda suelta a su pesadumbre, que rápidamente se convirtió en desesperación: los tableros de mando estaban llenos de figuras geométricas, de logaritmos difíciles de entender, de cálculos imposibles. Cálculos que él hubiese podido descifrar con ayuda del científico, su compañero de viaje, muerto con la destrucción de la estrella. Lejos de todo conocimiento profundo de las matemáticas, él sólo se remitía a ser piloto, un mero conductor de naves.

Accionó la computadora de códigos e investigó en sus datos las coordenadas en las que estaba ubicado. La computadora contestó: "COORDENADAS INEXISTENTES". Buscó en el ma-

pa celeste: "PLANETA INEXISTENTE", vociferó robótica la máquina perfecta.

Algo se deshizo en su ser interno. Era imposible que estuviera sentado sobre la nada. Pensó en la equivocación: en que el que diseñó los datos de la computadora (un viajero como él, un explorador consumado del espacio exterior, un profundo conocedor del Universo) no sabía de la existencia del planeta en el que él estaba; por lo tanto, no pudo fotografiar bien la cantidad de planetas existentes en su completa totalidad. Entonces, se fijó bien el mapa celeste: por la trayectoria que describió con su nave, debería estar situado en el extremo superior izquierdo del mapa, justo detrás del planeta conocido como Tánatos, en la última galaxia de ese sector. Ninguna señal de un planeta; sólo la inmensidad. Pero era tierra lo que tocaba, ¡una estepa sinuosa de rocas silenciosas y metálicas que no reflejaban nada, pero que tampoco eran nada!

En un pequeño armario de la reducida cámara de la nave había algo de comida. Era lo último. El reloj hizo sentir su voz de radio dando la hora, según el curso terrestre. Luego calló. Calló para siempre. Los ojos febriles revisaron su mecánica pero no encontraron la falla en el mecanismo que hacía funcionar el aparato. La voz se sintió pausada, como siempre, y luego fue un grito que dejó como una especie de estela tras de sí.

En otra gaveta encontró una cajita, rectangular y negra, que depositó en una mochila junto con la comida. Se sentó a descansar. Luego cerró los ojos y se quedó unos instantes adormecido, acunado por el silencio.

De pronto se incorporó y activó la grabadora de la computadora central. Los labios se movían pausada, lentamente, como la radio-reloj de la nave. Afuera, la niebla comenzaba a disiparse. Terminó el discurso, pulsó botones que encendieron luces, cerró gavetas, revisó estantes, guardó en su mochila algunos objetos (los más necesarios) y cargó con ella. Selló fuertemente la nave y salió.

Comenzó a correr. Respiraba anhelosamente. Un punto fijo, antes imposible por la niebla, lo atrajo. Sonrió. Delante de sí, un universo esplendoroso poblado de lejanísimas estrellas, un piso de rocas rutilantes, montes y bajas colinas de minerales preciosos y desconocidos; arriba, abajo, a su derecha, a su izquierda, la soledad, pero también la inmensidad. Algo parecido a un sueño presagiado, distante y sorprendente. Y también increíblemente cercano a su realidad, a su visión, a su cuerpo, a su espíritu. Se dio vuelta, raramente encariñado con su determinación y contempló con tranquila sonrisa cómo la nave levantaba vuelo como un pájaro y, poco a poco, la vio perderse en la infinitud. Sacó entonces de su mochila la cajita negra y rectangular y extrajo de ella su reloj de arena, regalo y recuerdo que lleva-

ba consigo desde su infancia, hecho por alguien a quien no recordaba.

Repitió para sí mismo lo que había grabado momentos antes: “Estoy en el fin del Universo y no sé si éstas son mis últimas palabras. Tal vez así sea. Algo de paraíso oculto tiene esto. No sé dónde estoy ni qué es lo que me espera. Delante de mí veo un camino largo... No sé tampoco dónde está el fin. Mi nave quizá no sea un pedido de socorro. Quizá es una voz de alerta o un sendero marcado. Mi conciencia llega hasta aquí. No dejo nada atrás. Sí preveo muchos pasos hacia delante, aunque solo. Este mensaje es algo más que un testimonio. Es la pequeña biografía de una especie de héroe en el último tramo de su existencia. Cuando atraviese el umbral, lo sabré. Antes, seguiré el curso de la Expansión Universal hasta donde un ser humano como yo pueda llegar. Hasta siempre. Hasta nuestro encuentro con el Creador. Que este mensaje sea grabado automáticamente en todos los idiomas.

”El reloj de arena me acompaña. No sé si la memoria terrestre de mi locura me alcanza, pero con él intentaré medir el tiempo de la Eternidad.

© ILEANA GÓMEZ GAVINOSER, 2015.

ILEANA GÓMEZ GAVINOSER
(Argentina —Buenos Aires—)

Licenciada en Letras, administra la ciberbitácora “Sortilegios. Fanzine de Sci-Fi” (<http://sortilegiosfanzine.blogspot.com.ar/>).

AL ACECHO

EDUARDO POGGI

I

A uno lo veía cruzado por las retículas de la Bushnell 4x32 de mi Browning semiautomática .22 LR —no soportaba el retroceso de calibres mayores—. En cuanto al otro, yo esperaba que cruzase la línea de tiro. Debían alinearse: no bien oyeran la descarga, perdería la ocasión de matar a los dos de un único disparo con mi munición de punta hueca. No podía darles la oportunidad de escape: conocía las consecuencias de un fracaso. Por eso llevaba la .9 mm en la cintura.

Mi corazón latía a mil. Latía como aquella vez que había rodeado a un grupo de liebres para esperarlas a contra viento. Sentía esa agitación, el riesgo de perder la presa: el cuerpo temblando en oleadas de adrenalina bajo los rayos del sol, la vista nublada por el esfuerzo de evitar el parpadeo.

Aquella vez apuntaba a las liebres con la Sarrasqueta calibre .16 —me la había regalado papá—. La mira central de los caños yuxtapuestos y cargados con cartuchos del 5. Apuntaba a las liebres: jugaban, atentas, en cámara lenta. Avanzaban hacia mí, sus saltos elásticos, sus orejas paradas. Yo contenía la respiración, cuerpo a tierra. Veía a las tres rodeando un abrojo que tapaba parcialmente a la del medio: los cuarenta metros abrirían la roseta y las abarcarían. Le apunté al abrojo, disparé y cayeron: la del medio, fulminada; otra yacía de lado y pataleaba en el aire como si fuera tierra firme. Y la tercera dio un salto hacia arriba y atrás: el perdigón le había entrado en un ojo.

Mis pulsaciones se aceleraron en una mezcla de euforia y ansiedad: quería compartir la experiencia. ¡Tres liebres de un solo escopetazo! ¿Me creerían?

Pero ahora... Ahora no estaba a campo traviesa bajo el sol, y mis presas —por llamarlas de algún modo— no eran liebres. Y el olor no era olor a pólvora: yo olía un hedor cada-vérico.

Y no acechaba. *Me* acechaban. *Nos* acechaban, mejor dicho. Nos acechaban en medio del bosque.

A mi amigo Guido y a mí.

Ahora, yo me defendía. Y las palpitaciones eran producto del miedo.

Siempre pensé encontrarme con *ellos*, pero nunca bajo estas circunstancias: inmerso en el crepúsculo, cuerpo a tierra, como aquella vez de las liebres.

Espiaba en la mira cada uno de sus movimientos. Guido trataba de rodearlos. Había sido un acierto la elección de la Bushnell gran angular; campo de visión amplio, ideal bajo condiciones de baja luminosidad y blancos móviles. Así, podía verlos a *ellos*, agazapados bajo los pinos, arrastrándose sobre la pinocha rojiza, husmeando el aire en busca de Guido y de mí, las auténticas presas.

II

Todo empezó hace cinco semanas, durante unas vacaciones en Gesell.

Mi esposa Verónica, yo, nuestros dos hijos, mi suegra y mi cuñada pasábamos los días de playa y las noches de Scrabble y TEG en la casa prestada por mis padres.

Esa vez, jugando a la lotería, oímos pasos en el fondo de la casa. Nos quedamos tiesos mirando la puerta de atrás, abierta; la cortina de tiras

multicolores colgando sin moverse. Pude ver, entre las aberturas de la cortina, una sombra moviéndose en la oscuridad del jardín.

Nadie atinó a levantarse y cerrar la puerta. Inmóviles como muñecos, mirábamos la cortina: entre los flecos apareció una mano, y después alguien o algo se detuvo bajo el dintel. Ese cuerpo rígido, la boca abierta y los brazos colgando, seguramente gozaba del espanto de quienes habitábamos la casa.

—Hola —dijo, y se abalanzó; los brazos abiertos.

—¡Carajo! —grité, y sentí mi corazón palpitando—. ¡Qué susto nos diste, Guido!

—¡Ja, ja! —se rió el muy boludo, abrazándome.

—¡Siempre con estas jodas de mierda, vos!

Guido. Lindo hijo de puta. Sus anécdotas de cirujano cardiólogo eran espeluznantes.

—¡Dale, Tito! —zamarreó mis hombros—. Reíte; la vida es una sola.

—Sí, sí, la vida. Pero a mí me vas a matar de un susto, y a vos te van a pegar un tiro si seguís con este tipo de bromas.

—No seas aguafiestas, Tito querido —me abrazó otra vez—. Si sabés que te quiero.

Nunca sospeché que el guarango de Guido aceptaría venirnos en carpa con su esposa Diana y sus tres hijos. Y menos con el más chico, de apenas dos meses. Y menos que vendrían esa primera semana a quedarse... ¡quince días! Y mucho menos que nos pegaría tremendo susto (aunque, conociendo sus locuras, debí imaginarlo).

A pesar de la protesta de mis hijos, dejamos de jugar al TEG, nos saludamos, y mientras tomábamos café cambiamos impresiones: que habían viajado un miércoles y así evitaron el tránsito del fin de semana, que el tiempo de marzo siempre resultaba más estable que el de enero o febrero, que...

—¿Qué tal si vamos a comer pizza?

La noche espectacular nos animó: fuimos a la pizzería “Ventura”. La excelente *pizza* cocida en el horno de barro, la temperatura agradable y, especialmente, la calma —una calma extraña—, nos alentaron a tomar unas cuantas cervezas frías.

Después de los postres volvimos a casa. Los demás entraron al comedor —Vero prepararía café—, pero yo sentí la necesidad de quedarme afuera, en el jardín, y disfrutar de esa noche.

No se movía una hoja. Una rara emoción de tranquilidad me invitó a sentarme en el pasto. La quietud me animó a levantar la vista, a mirar las estrellas —cuando yo era un pibe, papá compraba la revista *Más allá*—. Miré y vi una especie de bruma: bajaba lentamente y envolvía la copa de los árboles; me rodeaba. Sin embargo, aunque borrosas, seguía distinguiendo las estrellas. Me deleitaba la serenidad del ambiente; esa impresión de poder apreciar todas las variables en equilibrio, como si el mundo se hubiera paralizado. Como si aquel lugar, aquel jardín y aquella casa, a metros de la playa, fueran el centro del universo.

En estado de gracia, me atravesó una sensación de paz y placidez.

Y entonces la vi.

A una altura que apenas excedía las lanzas de los pinos, una esfera difusa y rojiza, una luna llena, se desplazaba lenta y en silencio entre la bruma. Es más: no sólo se desplazaba entre la bruma, sino que —fue una rápida ocurrencia— *usaba* la bruma para trasladarse.

Me levanté y corrí por el jardín hasta el costado de la casa; quería seguir su movimiento. La esfera frenó súbitamente, como si un muro invisible la hubiese detenido. Quedó en el aire suspendida, quedó flotando.

La vi observándome —parecía reconocerme, parecía percibir que no podría atacarla—. Y de pronto aceleró y desapareció. Fue... diría... la transición fue instantánea.

—¿Tito? ¿Mi amor? —Vero, pocillo y plato entrechocándose en la mano temblorosa, tiraba de mi remera—. ¿Qué está pasando?

—Nada, Vero. Nada malo.

—No dirías eso si te vieras la cara.

—Es que... no sé cómo explicártelo. Vi...

—¿Qué, Tito? ¿Qué viste?

Levanté el brazo, señalé el infinito y me di cuenta de que la bruma se había evaporado tan rápido como la esfera: el cielo límpido dejaba ver la Vía Láctea, su claridad total.

—¿Qué es este quilombo? —dijo Guido al salir de la casa junto a Diana.

Traté de contar la experiencia, y su humor brotó enseguida.

—Che, Tito —empezó a reírse—, ¿no habrá sido que la cerveza...? ¿Eran flacos y altos, o gordos y bajitos?

—¡Pará un poco, che! —dijo Diana.

Me molestó el comentario de Guido, y pensé que lo mismo debió sentir ella. Él siguió con su costumbre.

—¿Viste a la Ripley con Alien?

No, no había visto a la Ripley con Alien. Bien sabía yo lo que había visto. Pero también pensé que, si me lo contara otro, tampoco lo hubiese creído.

—Te lo juro —le dije a Vero—. Aunque éste no me crea —con bronca, lo señalé a Guido—, lo que vi... —Vero, sentada en el mismo lugar que yo había dejado, me escuchaba, miraba mis gestos—. Lo que vi no era humano ni construido por humanos, Vero. Te juro que lo vi. De verdad te lo digo.

Vero asentía. Esa actitud de confianza me calmó. Guido, a pesar de que Diana le había pedido calma, volvió al ataque.

—Che, Tito, ¿pudiste verle el culito a la Weaver? Lindo culito el de la Weaver, ¿eh? Lástima las tetitas.

—¡No le lleses el apunte! —dijo Diana, nerviosa—. ¿Qué pensás que era?

Yo me encogí de hombros y no contesté.

—¡Dale, contanos! —insistió Vero mientras tapaba con una mano los labios de Guido.

Yo dudaba si contar más o no; temía otra burla. Diana se lo llevó a armar la carpa en el jardín.

Volví a encogerme de hombros. Miré a Vero y en sus ojos vi que me había entendido.

Súbitamente se levantó.

—¡Mirá! —gritó, los ojos grandes y el brazo en alto señalando atrás de mi cabeza—. ¡Mirá eso!

Me di vuelta y vi resplandecer un corto relámpago blanco azulado brotando de la negrura del espacio. Lo que parecía una descarga eléctrica se separó en cuatro puntos elípticos y luminosos. Pronto formaron los vértices de un rombo de diagonal mayor vertical en ángulo de unos 75°. A diferencia de las estrellas que los rodeaban, los contornos de las cuatro elipses se apreciaban perfectamente delineados.

—¡Vengan! —grité hacia el fondo; Guido y Diana clavaban estacas en la arena—. ¡Vengan a ver esto!

Oí a mi suegra y a mi cuñada: salían de la casa. Y enseguida quedaron absortas mirando el cielo, en éxtasis.

Sin perder la formación romboidal y la dimensión de sus tamaños, los cuatro puntos silenciosos se movieron hacia nosotros para doblar abruptamente a la derecha.

Yo corrí a la calle y allí vi la trayectoria a través de las ramas de unas acacias. Vero me siguió. Igualmente noté las sombras de Guido y Diana avanzando bajo los mismos árboles.

Los cuatro puntos se plantaron en el aire, suspendidos. Así también quedamos nosotros, deslumbrados por el espectáculo. Y, al igual que la luna difusa, parecían observarnos desde la inmensidad del espacio, en total quietud. Pensé que nada conocido podía frenar de esa manera, sin una continua y constante desaceleración. Nada.

Entonces comenzaron a zigzaguear a su antojo —¿en forma aleatoria?—: ángulos y traslaciones geométricamente imposibles derivaban hacia

los infinitos puntos de la bóveda celeste. Pasaban por nuestro cenit y desaparecían atrás de la casa, emergían ante nuestros ojos sin romper su formación. Jamás dejaron de mostrar el mismo plano del rombo —ni siquiera vi su perfil cuando pasaron por la derecha o por sobre nuestras cabezas—: como si fuese una cara rodeándonos, nunca dejó de enfocar sus ojos sobre nosotros. Después desapareció atrás de un médano, del otro lado de la bocacalle.

Corriendo volvimos al jardín, atropellándonos. Vero cayó al pasto; Guido la agarró de los brazos y la llevó bajo el techo del cuartito de herramientas.

Yo me alegré de ser socio del Tiro; de no haber escuchado los ruegos de Vero: contra su voluntad, había traído los fierros a la costa. Fui a buscar la .9 mm, me la calcé en el cinturón y volví con el grupo.

Cada uno quería ser el primero en contar; cada uno necesitaba corroborar su versión.

Y, cuando por fin pudimos escucharnos, ya no tuvimos dudas: todos los detalles coincidían.

Vero y yo pasamos la noche al sereno, sentados contra la pared de la casa, esperando. Le había quitado el seguro a la .9 mm, siempre bien a mano.

A Guido y a Diana les prestamos nuestro dormitorio; no quisieron quedarse en la carpa con los chicos. Y Guido seguía comportándose como un auténtico psicópata. Desde adentro me gritaba a cada rato: —¡Dejate de joder y andá a dormir, que mañana quiero ir temprano a la playa!

Y nosotros dos, ¿qué esperábamos? Esperábamos que aquello se diera otra vez. Esperábamos saber qué había sido. Nos ganaba una extraña obsesión: la misma que muchos sintieron con *Encuentros cercanos del tercer tipo*, al identificarse con la incertidumbre de los personajes. Sólo que esto no se trataba de una película, y nosotros éramos de carne y hueso y habíamos visto.

¡Queríamos saber!

Vero y yo queríamos saber. Y supimos. ¡Vaya si supimos! Porque... esa madrugada, a oscuras, en silencio y abrazados, vimos *algo* más increíble. Algo tan inverosímil —aun después de la experiencia vivida— que decidimos no comentar nada.

A nadie.

Al día siguiente, Guido seguía sin darme bola; no le interesaba *saber*. Él y su familia se fueron a la playa a primera hora.

En cambio, Vero y yo nos fuimos a Casa Böhm: compramos libros sobre la oleada española de 1950, la oleada francesa del 54, el triángulo de las Bermudas, el área 51, el caso Roswell, las teorías de von Däniken, las pistas de Nazca, las fascinantes formas geométricas en los sembrados de maíz, el libro de Antonio Ribera (fundador y presidente de honor del “Centro de Estudios Interplanetarios de Barcelona”, editado por Plaza y Janés). Este libro incluía un pormenorizado detalle de los avistamientos desde la prehistoria hasta la actualidad.

Con las horas se iba apoderando de mí una certeza: si seguía leyendo

a tal ritmo, en pocas semanas enloquecería. Pero nada me importaba más que saber sobre eso. Nada.

En los días siguientes, sólo leía. Nada de playa, nada de juegos con mis hijos, de sexo con Vero.

Nada.

III

En esa semana, poco a poco, me volví un maldito autista: me quedaba horas y horas con Vero mirando la inmensidad del cielo nocturno. Y esperando. Aprendí a no encandilarme de ilusión cuando lo que aparecía en nuestro campo visual era apenas un mero satélite o un fugaz meteorito.

Hasta que, unos días después, leí en *El mensajero de la Costa*: “Fabio Zerpa invita a una disertación a realizarse el 29 de marzo en Buenos Aires, en el Teatro Astros”.

—No puedo perderme esa conferencia, Vero.

—¿Vos estás loco, Tito? —Ella me miraba sorprendida: por primera vez yo preparaba las valijas—. ¿Lo echaste a Guido y su familia, y ahora te vas vos?

—Y... Vero —le dije guardando el equipaje en el baúl del auto—. Te entiendo si lo ves de esa manera. Si vos podés olvidarlo, yo no.

—No me gusta quedarme acá, sola, con los chicos —al decir esto (sé que fue un movimiento instintivo), Verónica miró al cielo, los ojos asustados.

—Mirá, Vero: estaré loco, pero no tanto. —Cerré el baúl y fui al dormitorio—. Terminó de cargar el portae-

quipaje y nos vamos todos. Ni por puta los dejo después de lo que vimos hace apenas una semana.

—¿Qué puede pasar, Tito? —Vero me miraba llevar las valijas hasta el auto—. Además: ¿no le prometiste a tu viejo que compartiríamos la Pascua?

—Al carajo con mi viejo, mi vieja, Guido. ¡Al carajo con todo, Vero! ¿Me entendés? ¡Al carajo con todo! —Vi que Vero estaba a punto de llorar—. Además, papá también tiene las llaves de la casa. Mis viejos pasarán la Pascua solos: qué le vamos a hacer. Nosotros nos vamos.

IV

La conferencia de Zerpa no me aportó mucho más de lo que yo venía estudiando. No sé si porque brindó datos muy conocidos y asimismo divulgados hasta el hartazgo, o porque yo ya había leído la misma idea, pero mejor desarrollada en otros autores: antiguas civilizaciones habían dejado huellas en este planeta —las pirámides de Teotihuacán en México y las pirámides de Egipto, el templo de Sri Meenakshi en la India, las pistas de Nazca en Perú, o los moáis de la Isla de Pascua—. Ellos habían logrado dominar las fuerzas gravitacionales para poder viajar a la velocidad de la luz. Y yo también había leído que —según la Teoría de la Relatividad— cualquiera que viajara a esa velocidad, y regresase a la Tierra, vería a los familiares de varias generaciones posteriores a su descendencia directa.

Una conclusión posible: nosotros, en Gesell, habríamos sido testigos del

viaje de aquellos antepasados. ¡Aquellos antepasados habían vuelto a su lugar de origen!

Pero: ¿por qué no hacían contacto? No lo sabía. Obviamente, no poseía conocimientos suficientes.

Unas semanas después ya no tendría ninguna duda.

¿Loco, no? Sí, suena loco.

Pero cuando mi viejo regresó de Gesell, después de la Pascua —él y mamá, al volver de un viaje, siempre pasaban por casa a saludar a sus nietos—, todo empezó a aclararse.

V

—Tito —empezó a decir papá después de los saludos. Encendió su pipa y me miró, circunspecto—. Al llegar a Gesell nos sorprendimos al no verlos. Después leí la nota que dejaste sobre la mesa y me tranquilicé al comprender que debías ir a una conferencia.

Vero, que jugaba con los chicos y mamá en la cocina, se acercó. Yo lo notaba raro a mi viejo, y no me agradaba el olor de la pipa ni el humo azulado y denso rodeándome.

—Te cuento algo, hijo: cuando fuimos a comprar al almacén, el viejo Muschietti nos contó sobre el alboroto de la Villa.

Vero y yo cerramos la boca y escuchamos.

—Dos semanas antes de nuestra llegada a la Villa —siguió diciendo papá, después de largar otra bocanada—, un grupo de personas alojadas en el hotel Tejas Rojas oyó gritos en uno de los cuartos de la planta baja.

Vero me miró, y yo le hice una seña de silencio: nuestra casa en Gesell quedaba a pocas cuerdas del Tejas.

—El conserje y dos huéspedes corrieron hasta la habitación y se encontraron con una mujer gritando aterrorizada por el pasillo. —Papá exhaló un humo denso, penetrante, y me miró, serio—. No pienses que yo creo lo que te estoy contando, pero el revuelo de Gesell me llama la atención.

—Y... ¿a qué se debe concretamente el alboroto, papá?

—La señora dormía y un gran resplandor la despertó; aun con las cortinas cerradas, le cegaba la vista. Se levantó, plegó el cortinado y vio a través del ventanal un gran pájaro luminoso sobrevolando el mar, y luego la playa del hotel.

—Eh, viejo —dije, y miré a Vero excitado—. Qué raro, ¿no? Y hay testigos.

—Todo está escrito en el libro de novedades de la portería —dijo papá, quitándose de la remera una mota de ceniza—. Algunos que a esa hora caminaban por la playa se metieron en sus autos. Otros se escondieron en los médanos, entre las ramas de los tamariscos.

—¿Tamariscos? —preguntó Verónica.

—Esos pinos anchos y rastreros —expliqué— que usamos para protegernos del viento cuando vamos a la playa, ¿viste?

—Y dicen —papá no me dejaba hablar— que otros rajaron por la avenida costanera.

—Es increíble, ¿no, viejo? ¿Y cuándo ocurrió todo?

—El 10 de marzo. Más o menos a las dos y media, tres de la madrugada. —Mi viejo se dio cuenta: yo la miraba a Vero, excitado al saber de los testigos; no éramos los únicos “mitómanos”.

Entonces me sentí extraño, como si papá hubiese leído mi mente. Porque lo que Vero y yo habíamos descubierto aquel día, solos, abrazados en las sombras —y a nadie se lo habíamos dicho—, coincidía con el relato de papá.

En la noche de nuestro encuentro cercano habíamos visto surgir un relámpago entre blanco y azul, similar al de pocas horas antes, en el mismo lugar de la bóveda celeste. Pero, en vez de convertirse en los cuatro vértices del rombo, se transformó, luego de una explosión que no oímos, primero en una densa niebla, y luego en un resplandor. Y el resplandor tomó la forma de un inmenso pájaro que, batiendo sus alas a unos cien metros de altura, se dio a sobrevolar la costa.

Eso, eso que habíamos visto Vero y yo, no era creíble. A nadie se lo habíamos dicho... y ahora dudaba si comentárselo a mi viejo. Aunque coincidiera con lo que me había contado.

Él, como si otra vez me hubiese leído la mente, me dijo: —Vos lo viste, ¿no?

—¿Vi qué, papá?

Me miró; hizo una mueca imposible con el labio, una mueca anormal mientras chupaba su pipa.

—Dale, sonso —me dijo, y pude ver cariño en sus ojos—. Si yo sé.

Yo le notaba una inteligencia desconocida. Notaba en su voz un tono que

nunca había advertido, un tono que variaba entre la malicia y la bondad.

¿Por qué me sentía cómplice de mi padre? ¿Acaso no me lo había dicho? Él no creía en lo que me estaba relatando. ¿Sería mi padre quien andaba distinto, o yo seguía enloqueciendo?

Papá se acercó. Me pasó la mano por el pelo. Y dijo: —Yo sé, Tito. Yo sé. —Me miró; forzó un gesto de sonrisa—. Y vos, cuando llegue el momento, sabrás actuar.

Se dio vuelta, desenchufó el cable del televisor y acercó dos dedos a los negros huecos del tomacorriente. Un arco voltaico blanco azulado salió del toma hacia sus dedos —¿o de los dedos hacia el toma?—, y las descargas lo recorrieron, cada vez a mayor velocidad. Y entonces, aunque ahora me cueste aceptarlo, percibí una risa que apenas salía de sus labios. Él se reducía, se reducía sobre el piso hasta convertirse en cenizas.

Mamá lanzó un grito de horror.

Vero —el instinto de madre la levantó de la silla— corrió y abrazó a nuestros hijos para evitar que vieran aquella insólita transformación.

Quedé con la boca abierta, paralizado; sentía terror de tocar el cable y los restos de papá. Las cenizas humeantes formaban una alfombra de pestilente olor.

Entonces mamá se acercó hasta casi pisar las cenizas de papá. Cuando pasó a mi lado olí otra vez ese mismo hedor de papá. Y le oí decir: —Si tienes la impresión de que intento... de que intento hacerte daño, corre hijo, corre. ¿Me entiendes, hijo querido?

Y mamá, con la torpeza de un zombi, fue tambaleándose hacia el tomacorriente... y el arco voltaico la recorrió desde la coronilla a los pies. Antes de reducirse a cenizas, pude ver una expresión de raro alivio en su cara. Recuerdo la eléctrica fetidez del ozono, la carne ardida, el chisporroteo y el humo penetrándome el cerebro por las fosas nasales.

Y ahí, en medio de esa devastación doméstica, yo.

Yo sentado en el suelo, mirando a Vero y los chicos.

VI

La tragedia me impulsó a pedirle ayuda a Guido. Metimos en el baúl del Corsa la .22, la .9 mm, la Sarrasqueta, cajas y cajas de balas expansivas y cartuchos, los prismáticos Zenith, los borceguíes, la ropa camuflada y un Aitor Montero para cada uno.

Durante el viaje a Gesell barajamos hipótesis. Nada tenían que ver con las pistas de Nazca, ni con la teoría de la relatividad, ni con las plantaciones de maíz, ni con aquellas elucubraciones tipo Charles Berlitz que yo había asimilado. Tampoco nos preguntamos qué aspecto tenían *ellos* ni de dónde provenían. Habría sido inútil. Pero concluimos que, de alguna manera, utilizaban la electricidad para desplazarse. Y que leían la mente.

Trazamos planes: debíamos evitar la cercanía con todo tipo de energía eléctrica, atraerlos a un bosque alejado de cualquier población.

Ignorábamos cuánto tardarían en captar nuestras intenciones.

Y pronto lo supimos.

Ahora, los dos estábamos ahí, en medio del bosque; Guido trataba de rodearlos, y yo, mirando a través de la mira, aguardaba a que se alinearan para dispararles y matarlos de un único disparo.

Yo, en silencio. Una tumba.

No.

Más silencioso que una tumba.

Aunque pensaba que, de todas formas, *ellos* se estaban enterando de mis pensamientos.

Y poco a poco los sentí. A *ellos*. Cerca.

Enfoqué mi ojo derecho en la mira, y sólo vi a uno. Mi campo de visión no abarcaba al otro y a Guido; ¿se habían desplazado por la pinocha revuelta?

Entonces oí.

—Son inmateriales, Tito. —Me di vuelta y lo vi a Guido, parado, estirando su brazo hacia mí. Y me di cuenta de que hablaba en serio—. Nos usan, Tito. Usan nuestro cuerpo. —Se tocaba el pecho con los dedos, repetidamente—. Nos manipulan.

—¡Te convenciste, estúpido! ¿Y *ellos*? ¿Dónde están *ellos*?

—Él me lo dijo, Tito. Ese otro al que logré acercarme.

—¿Qué te dijo? —Mi cuerpo temblaba; la adrenalina me estimulaba a correr—. ¡Carajo, habla rápido! ¿Qué mierda te dijo?

—Sé que no miente, Tito. Soy cardiólogo. —Yo me preguntaba qué tenía eso que ver *ahora*, ahora que nos estábamos convirtiendo en comida.

—Te volviste loco, amigo —le dije apenado—. Loco, loco.

Yo, sentado en el suelo, con el .22 abrazado y la .9 mm al cinto, vi que Guido doblaba las rodillas para ponerse a mi altura y zamarrearame.

—Haceme caso. —Lloraba; quería convencerme—. Me lo dijo sin hablarme, Tito. Él, el otro: la actividad eléctrica en el tejido cardíaco, las contracciones y dilataciones del corazón. El corazón produce pulsos eléctricos rítmicos; pulsos que disparan las contracciones mecánicas del músculo.

—Pedazo de pelotudo. —Le di un empujón y se cayó de espaldas—. ¡Habla claro, la puta madre!

Y entonces me llegó el hedor, y lo vi: parado atrás de Guido, me miraba fijo.

Me arrastré de espaldas, la pinocha arañándose las palmas, los codos. Choqué contra la corteza del pino que me había ocultado, perdí la .22 a los pies de Guido. Saqué la .9 mm y le apunté a eso.

—¡No, no lo mates! —gritó Guido—. Él no es él. Ocupa ese cuerpo. Si lo matás, se mete en el mío.

—¡Loco infeliz!

Entonces, cambié la dirección del arma y disparé dos veces: primero a Guido, que deliraba, y después al otro. Luego de un chispazo, se convirtió en unas repugnantes cenizas junto al cuerpo sin vida de mi amigo.

Me arrastré tan rápido como pude para levantar la .22. Volví a mi posición y busqué al otro, al que había perdido en la mira. Logré enfocarlo de nuevo; huyendo en cuatro patas, su forma reptilica me recordaba a un dragón de Komodo. De pronto se detuvo. Y, al volver su cabeza, me pareció entender. Las palabras no eran palabras. Eran sonos

inteligibles —al menos para mí— que no provenían de una boca.

Hemos encontrado, hace ya mucho tiempo, una fuente inagotable para nuestra reproducción y supervivencia. ¿Nos entiendes? No nos importa la materia de vuestro cuerpo. Hemos venido sólo para apropiarnos y vivir de la maldad que anida en ustedes.

Sacudí la cabeza, quería despejar las visiones y apartar las lágrimas. Entonces distinguí las retículas cruzando su cabeza y le disparé una dum-dum al centro de su cerebro.

Se desparramó en la hierba. Hubo un fulgor, y sólo quedaron cenizas sobre la pinocha.

VII

Ha pasado poco tiempo. Todavía me cuesta aceptar las pérdidas y la nueva vida.

Puedo verme en el espejo, puedo atarme los cordones de las zapatillas, puedo cepillarme los dientes. Incluso, como ven, puedo escribir a máquina.

No tendría problemas para meterme la escopeta en la boca ni para apretar el gatillo. Pero no lo necesito. Aunque debo confesarlo: llegué a pensar, a mi regreso a casa, que ésa podría ser mi única salida.

Ahora no.

Ahora sueño paisajes marinos de cuarzo cristalizado, romboédrico, incoloro en estado puro. Al comprimirse, ese cuarzo adquiere propiedad piezo-eléctrica: produce una separación de cargas con capacidad termoluminiscente. Emite luz cuando es calentado y es visible solamente en la oscuridad.

Un fenómeno similar al que se observa en las luciérnagas, en minerales de uranio, en varios sulfuros metálicos, en las maderas y en los pescados putrefactos. Una corona de llamas azules. La luz mala, que le dicen.

En tanto, yo sueño con volver.

“¿Volver adónde?”, me pregunto.

Miro los huecos negros del toma y me doy cuenta de que para nada sirvió la ofrenda de los dos viejos.

Vero me mira. Piensa: “Algo le pasa desde que está escribiendo”.

Ahora está pensando que estoy loco.

Y quiere apartar la vista.

Porque siente asco cuando le muestro la lengua y me la paso por los dientes en un gesto de impenitente lascivia.

© EDUARDO POGGI, 2014.



EDUARDO POGGI
(Argentina —Buenos Aires, 1945—)

Integrante del círculo de escritores de horror y fantasía “La abadía de Carfax”, en **NM** publicó “Hugy” (# 16) y “Las gemelas” (# 33).



DE CÓMO LA FAMOSA INSPECTORA CHUPALDRIBA TERMINÓ CON LA CORRUPCIÓN EN NEBULOSA DEL CONDE

PEDRO P. ENGUITA

En la Antigüedad los dioses ponían especial esmero a la hora de enviar el Apocalipsis. Realizaban un concienzudo trabajo artesanal y el resultado era de rechupete. Por eso, cuando una civilización, planeta o tribu urbana recibía la ira de los dioses sabía que no había escapatoria posible. Lo único que podían hacer sus habitantes era sacar las sillas al jardín y disfrutar los últimos instantes de sus vidas con un bien engrasado terremoto, sequía o lluvia de elefantes.

Pero llegaron los economistas, banqueros y tertulianos y acusaron a las deidades de estar anticuadas. Precisaban reformas estructurales, dijeron. La ira de los dioses pasó sucesivamente por el feudalismo, el capitalismo, el comunismo y el neoliberalismo hasta que, finalmente, llegó al mercachiflerismo.

A partir de ese punto la ira de los dioses pasó a empaquetarse en

cómodos envases individuales que sólo era necesario calentar al microondas. Algunos esnobs criticaron la industrialización del Apocalipsis pero, aunque es verdad que la tormenta de azufre dejaba en la boca un desagradable regusto a chicle, todo el mundo vio las ventajas. La más destacable era que el resultado, como era de esperar, no era óptimo y, en lugar de sembrar la aniquilación por toda la eternidad, sólo lograba molestar un ratillo.

Ajeno a las sesudas discusiones académicas sobre el Apocalipsis, en un brazo de la galaxia, que estaba medio torcido, se hallaba el planeta Nebulosa del Conde.

Sin ánimo de ofender a sus habitantes, Nebulosa del Conde era un planeta terciomundista. De entrada, lo habían hecho de un tamaño erróneo. Era tan pequeño que de él sólo se vendían mapas a escala 1:4. Además,

estaba atrasado, muy atrasado, hasta el punto de que habían descubierto la agricultura sólo a medias y las semillas tenían que plantarse ellas solitas si querían germinar.

Pero su secular aislamiento terminó el día que se anunció el Apocalipsis. Normalmente ésa es la parte del proceso que más les gusta a los afectados, antes de la lluvia de fuego y demás. En Nebulosa del Conde, sin embargo, no tenían presupuesto para un profeta en condiciones, así que el aviso se dio de forma bastante horterata. Se encargó un atribulado hombre del tiempo. Puso unas calaveras sobre el mapa y, más o menos, todos comprendieron que iban a morir.

El día señalado, los nebulinos salieron en tromba a la Plaza del Planeta y esperaron la llegada del Fin con una cerveza fresquita. A la hora prevista se presentó un mensajero. Dejó un paquete a nombre del señor alcalde y se fue sin esperar a que lo abrieran, que tenía prisa.

Los nebulinos abrieron el paquete.

—Maldición —dijeron al unísono.

De la caja de cartón emergió una sustancia negra e informe y tan maloliente que muchos nebulinos se refugiaron en las cloacas. La nube negra emitió un grito horrendo o, más bien, el aire escapó de su interior, horrorizado.

—¿Qué es esto? —preguntó uno.

—Aquí pone “corrupción” —señaló el más espabilado de ellos.

Los nebulinos miraron la fea nube y comprendieron, aliviados, que el mundo no terminaría ese día.

Su alegría, sin embargo, no duró mucho, pues pronto la corrupción empezó a hacer de las suyas. Allá por

donde pasó sólo causó desgracias. Los puentes se cayeron a su paso, las escuelas se quedaron sin libros e incluso el octavo color del arco iris desapareció, para no volverse a ver nunca más. ¡Malditos dioses *low cost*!

Bueno, para ser sinceros, no todo el mundo quedó insatisfecho. A la vieja Lalispomba, a la sazón la mujer más fea y repelente de Nebulosa del Conde, le complació ver que le había salido una nueva verruga en la nariz.

Pero, a excepción de la vieja y amargada Lalispomba, los nebulinos buscaron un remedio para su mal. Como es lógico, se pusieron en contacto con las autoridades para quitarse de en medio esa insidiosa molestia. Pero pronto descubrieron que no era nada fácil librarse de la corrupción.

La Policía Galáctica les aseguró que podía acabar con la corrupción. Exigió, sin embargo, que los nebulinos hicieran un máster en Sobornos 2.0.

La prensa no les creyó. Según descubrieron los nebulinos, con pesar, ningún periódico se tomó en serio que quisieran librarse de la corrupción.

El presidente de la Galaxia fue quien reaccionó peor. Apareció en una rueda de prensa para asegurar con vehemencia que Corrupción era desde hacía generaciones un respetable miembro del Partido de los Políticos y que los nebulinos serían llevados a los tribunales por semejante campaña de injustas calumnias.

Todo parecía perdido pero, como pasa en todos los planetas pueblerinos, siempre hay alguien que tiene un primo en Planeta Capital. Ese primo les facilitó el teléfono de la Famosa Inspectora Chupaldriba.

¡La Famosa Inspectora Chupaldriba!

No había dilema, problema o hecatombe que se resistiera a la Famosa Inspectora Chupaldriba. Su mente era tan afilada que, durante un interrogatorio, había llegado a partir en dos un cometa sospechoso. Se decía que incluso la mecánica cuántica andaba con cuidado de no mostrarle demasiado sus misterios.

Los nebulinos llamaron a Chupaldriba y ésta se mostró entusiasmada ante un caso tan difícil como aquél. Apenas habían colgado los nebulinos el teléfono cuando entró en órbita del planeta un cohete último modelo. Los fotones del motor rugían con estruendo y la carrocería de relucientes neutrones quitaba el hipo.

El cohete aparcó al lado de la iglesia y de él bajó Chupaldriba, con aire docto y resuelto. También bajó su ayudante, un demonio chiquitín cuyo nombre no reproduciré aquí, porque causa vomitera. ¡Pero no se alarme, querido lector! Se trataba de un demonio especial de alma cuántica, que era simultáneamente buena y malvada.

La Famosa Inspectora Chupaldriba se puso inmediatamente manos a la obra. Lo que necesitaban, dijo, era enviar la corrupción a otra parte. Para ello precisaban expedirle un Certificado de Exportabilidad.

Chupaldriba envió la pertinente solicitud al Ministerio de Burocracia. Con evidente astucia, colocó al final de su impreso una coletilla que resultaría de suma importancia.

—Como sabrán, no dar respuesta a esta petición en el plazo establecido

por la ley 4/G76 del siete de setiembre del año cuatro mil trescientos veinte equivale a considerarla aprobada por silencio administrativo.

¡Aprobada por silencio administrativo! ¡Qué audacia! En el Ministerio de Burocracia nunca habían visto semejante desfachatez. Hasta la máquina de café se puso a echar humo en cuanto lo leyó.

—¡Cómo se atreve! —bramaron los funcionarios, causando un fuerte temblor en la escala de Richter.

El Ministerio no tardó en enviar su respuesta. ¡Se iba a enterar Chupaldriba! ¡Por vía urgente!

—“Su petición de que expidamos un Certificado de Exportabilidad para la Corrupción no se atiene a las normas blablablá” —leyó Chupaldriba, satisfecha—. ¡Ya son nuestros!

Sin molestarse en leer el resto de la respuesta del Ministerio, Chupaldriba estampó un sello encima:

NO SE AJUSTA
AL PROCEDIMIENTO ESTABLECIDO
POR EL CÓDIGO DE HAMMURABI

Y, acto seguido, devolvió el impreso al Ministerio.

En cuanto los funcionarios del Ministerio de Burocracia recibieron el impreso, se miraron unos a otros avergonzados. ¿Quién había sido el incompetente al que se le había olvidado derogar el Código de Hammurabi? Lo hubieran decapitado allí mismo, de no ser porque exigía mucho papeleo.

Pero en el Ministerio de Burocracia no se achicaron por una minucia como ésa. ¡Faltaría más! Afilaron sus lapiceros, desayunaron tres veces

y se prepararon para entorpecer el trabajo de Chupaldríba. Estaban plenamente confiados en su éxito; eso de entorpecer a los demás había sido siempre la especialidad del Ministerio de Burocracia.

Pero, claro, esta vez el rival del Ministerio no era cualquiera, sino ni más ni menos que la Famosa Inspectora Chupaldríba. ¡Qué duelo se vio! Fue la guerra, una lucha de titanes. Nunca antes —ni, afortunadamente, después— se alcanzaron tan altas cotas de enrevesamiento burocrático.

Hubo derogaciones de leyes, promulgación de otras, tres reformas constitucionales (una de ellas tuvo como título primero “vaya chapuza que les han hecho aquí”), la reclasificación de todos los humanos de la galaxia según una tabla de tres sexos y medio, una caza de dragones invisibles, el arrumpamiento singular de los platámicos y una suspensión temporal de la ley de la gravedad universal, que terminó con un milenario bosque de secuoyas boca abajo.

Lo peor, sin duda, fue cuando al Ministerio se le colgó el Código Penal.

En las facultades de derecho de toda la galaxia se siguió el enfrentamiento entre Chupaldríba y el Ministerio con singular masoquismo. Tal fue su entusiasmo que se crearon peñas que acudían a la entrega de documentación con banderas y sonoros cláxones. Para que no les dijeran que no eran suficientemente entusiastas, hasta hubo altercados entre bandas de jueces. A los letrados de derecho militar —cuyos excesos son bien conocidos— se les fue tanto la mano

con los disturbios que, en algunos planetas, todavía se quema a los sospechosos de los pecados de “abogacía” y “enjuiciamiento procesal”.

Para el Ministerio de Burocracia la batalla legal fue muy exitosa, sobre todo porque vio sucesivas ampliaciones de sus oficinas y el bar. Hasta tuvieron que demoler varios planetas para hacer hueco. El Ministerio llegó a tener su propia atmósfera y figurar en las cartas astrológicas, con nefasto resultado para los Tauro.

En cambio, Chupaldríba no lo pasó tan bien porque, bajo estrés, su demonio se ponía de un humor intratable.

Finalmente, tras muchos meses, Chupaldríba preparó su golpe final. Utilizando todo su ingenio presentó un recurso de reflexión incoativa subyacente previa. Hizo referencia a todos los escritos anteriores, adjuntó una fotocopia de todos los impresos por duplicado, de los bolígrafos con los que se habían hecho las firmas e incluso incluyó una fotocopia de la fotocopidora, que por desgracia era siempre la gran olvidada en estos duelos. Por si no fuera suficiente, su ayudante demoníaco insistió en poner unos cuantos millones de folios en blanco.

El resultado de tan barroco recurso fue que el fajo de papeles que envió alcanzó un tamaño astronómico. De hecho, unos astronautas neozelandeses llegaron a posarse en él y reclamar las tierras para Su Graciosa Majestad Isabel XXXIV.

El recurso llegó al Ministerio de Burocracia.

Y entonces sucedió lo inesperado.

El Ministerio de Burocracia, engordado a base de tanto papeleo, alcanzó tal masa que el espacio-tiempo se hizo un lío consigo mismo, tropezó y ya nunca más se volvió a levantar. Las gentes con poca imaginación llaman a eso “agujero negro”.

De un agujero negro no puede salir nada, ni siquiera el impreso de ingeniería legal tecnológicamente más avanzado.

La verdad es que, desde el momento en el que el Ministerio quedó convertido en un agujero negro, se desconoce todo de ellos. Se los puede imaginar allí, impotentes, tratando

de enviar el impreso por toda la eternidad.

No hubo réplica del Ministerio.

Y Chupaldriba ganó.

—¡Aprobada por silencio administrativo! —se congratuló Chupaldriba entre sonoros aplausos.

Acto seguido cazaron a la Corrupción, le estamparon un sello de “por vía espacial” y la exportaron a un planeta de dudosa reputación.

Así que, ya sabe usted, vaya con cuidado la próxima vez que abra el buzón.

© PEDRO P. ENGUITA, 2014.



PEDRO PABLO ENGUITA SARVISÉ
(España —Barcelona, 1975—)

Licenciado en Ciencias Físicas, trabaja en el área de Informática.

En **NM** publicó “Máquinas de matar” (# 8) y “La obra maestra” (# 15).

GLIO O LA SOLEDAD DEL VIGILANTE

CARLOS PÉREZ JARA

1

Llueve.

Sin embargo, es apenas una llovizna casi invisible que cae y se suspende en el aire, que moja los tejados curvos de Gotz y se desliza por las antenas de la Torre Observatorio, en cuyos reflejos se distinguen ahora masas amorfas de nubes oscuras. Unas luces amarillentas y cálidas flotan desde las ventanas de los almacenes del puerto: un residuo de la noche pasada, una huella a punto de desvanecerse con la aurora. Los perros salvajes aúllan en las plazas solitarias y algún pequeño cerdo corretea por las esquinas de los callejones, en busca de algún paraíso perdido de estiércol.

Sobre la ladera de cierta montaña se aprecian no pocas casas señoriales y palacetes de hombres que hicieron fortuna con el comercio. Algunos de estos edificios se encuentran ya aban-

donados, signo de una decadencia que llevó a sus antiguos propietarios a la ruina; es posible darse cuenta por el estado leproso de sus fachadas grises, por unos ventanales que nunca reciben la luz de ninguna lámpara que indique algún indicio de vida humana, y por ese polvo flotante que parece haberlos invadido como una aureola mística en los días más apacibles, cuando los croaces de alas retráctiles se posan sobre sus alféizares o sus columnas rotas. Hay familias de renombre que ya apenas son un recuerdo de las épocas coloniales, un rastro nostálgico de sus ineptos descendientes, que las rememoran mientras juegan a las cartas con sus amigos o se instalan en algún hotel de mala estrella con el nebuloso propósito de poder cambiar algún día la desgracia de su estirpe. Otras, en cambio, aún resisten a la erosión de un capital desgastado y escaso y a

una suerte de varias o muchas malas decisiones financieras. De alguna forma, sobreviven más de la memoria de lo que fueron que de la triste realidad de lo que son en el fondo.

Obligados por las deudas o cierto sentido del prestigio, a veces algunos de estos señores en apuros se introducen en sus costosos sarcófagos de idrolita. Sólo así “descansan” sin reparos durante grandes ciclos solares, al margen de las rutinas y culturas del entorno. Bajo las virtudes de la hibernación pueden evadirse de ciertas molestias bastante incómodas, como la lucha nunca acabada con sus acreedores, o la turbia certidumbre de haber empañado la fama de sus ancestros. Simplemente se instalan bajo el amparo de una vieja ley señorial, a la espera de que la situación cambie o la deuda prescriba. En Gotzc, muchos lugareños conocen la historia de la noble familia de los Arsala. Para evitar el oprobio y la vergüenza irresistible de declararse en ruina a ojos de sus semejantes, este matrimonio y sus cinco hijos se refugiaron en su mansión para “dormir” ajenos al mundo, hace ya muchas órbitas, y allí siguen desde entonces.

Puede ocurrir también que acuda a estos dominios algún incauto fiador con espíritu de guerra y paso seguro. Este sujeto sube los caminos empinados de la ladera con el fin de que se salden de una vez por todas las deudas propias o las de sus clientes. Por desgracia, pronto no encuentra otra respuesta que la que se retrata en el rostro impertérrito de los mayordomos o abogados que custodian las casas: “Lo siento, caballero, pero

en virtud del Acuerdo de Utema, los señores descansan”.

Así quedan las cosas claras desde el principio. Y mientras el demandante desciende por la colina farfuyendo amenazas y maldiciones, las doncellas del hogar buscan en silencio algún tesoro oculto debajo de alguna botella, en la librería del señor o en alguno de sus muchos armarios. Buscan de rodillas o sobre escaleras que sujetan sus esposos o sus amantes, en cuartos pequeños y en esas salas de trofeos de caza donde ya sólo se acumula el polvo y los nidos de araña. Como si estuviesen bajo el dominio de unos vampiros atentos, caminan descalzos por temor a despertarlos y a que vuelvan a salir de sus sarcófagos de acero y cristales.

Por debajo de los grandes caserones, en un tramo descuidado de la famosa montaña, existe una casa muy antigua con una apariencia mustia y espectral. Sus numerosas ventanas han sido cegadas parcialmente por tablones de madera de gao. Los arbustos han empezado a devorarla en silencio, y en la chimenea hay un frondoso nido de croaces, obra de esos moradores nocturnos que suelen sobrevolar la colina desde los territorios cenagosos del río. Casi en la entrada, entre matas húmedas que oscilan con la llovizna, sobresale la figura de un hombre robusto casi sin cuello. Su traje parece de otra época; una chaqueta negra y unos pantalones grises de rayas finas y blancas, salpicados de manchas de barro y sobre cuyas rodillas se enroscan algunas hojas de hiedra silvestre. Sentado en un banco de hierro, con-

templa el horizonte con ojos grises y reflexivos. Desde luego parece haberse sumado al ejército de estatuas de mármol que proliferan por ciertos jardines y terrazas llenas de matojos y arbustos. Su rostro es grande, de mandíbula poderosa y nariz huesuda, con unos labios pequeños que mantiene pegados con una firme obstinación; por el cabello moreno, no muy abundante y algo revuelto por las brisas y las tormentas, desfilan ahora varias hormigas desocupadas.

Detrás de la puerta de entrada nos recibe un vestíbulo siniestro con huellas blancas en las paredes con la forma de cuadros invisibles. En un corto corredor de mármol se desperdigan algunos fragmentos rotos de cerámica que nos conducen sin prisa a una sala sin apenas muebles, y donde los que quedan han sido protegidos con sábanas polvorientas hasta convertirlos en fantasmas de madera o bronce que sueñan con que algún día la luz solar vuelva a protegerlos de la humedad y del moho; una invasión que ya ha transformado varios libros arqueológicos de la biblioteca en vegetales apestosos.

Una presencia perturba la paz y el silencio de esta casa. Es un hombre de aspecto desaliñado que duerme babeando sobre una larga mesa de caoba de ulaj, bajo una lámpara de cristales con forma de lágrimas y carambanos. Una botella del mejor ron gotzceno permanece volcada a su lado, y de su boca redonda aún fluye, ya sin apenas fuerza, un tibio torrente que gotea desde hace algunas horas desde el borde del mueble, empapando la alfombra amarilla. El hombre

refunfuña como en delirios, a veces incluso parece agitarse ante el impulso de una ofensa desconocida, pero al fin se revuelve y levanta la cabeza; la claridad difusa del día gris le hace guiñar un ojo. Luego se levanta a duras penas, notando que sus huesos se han convertido en una maraca truculenta: es un rostro feo, anguloso y pueril, con una nariz doblada hacia su propia izquierda, como un timón que marca siempre el mismo rumbo, y unos ojos verdes sin brillo. Cuando al fin se pone en pie mira a un lado y a otro, hasta que divisa en el suelo un bulto envuelto en cortinas.

—Eglinia...

Enseguida nota un vértigo familiar. Toca el bulto con la punta del zapato.

—¡Levanta, mujer! —dice atolondrado, y de los tejidos aparece la cara legañosa de una señora rubicunda de ojillos ratoniles.

—Uff... Me he dormío, Moo...

—Ya lo veo —dice el tal Moo, algo inquieto—. Mira que te lo tengo dicho. ¡Como nos cojan nos cuelgan mañana, mujer!

—Ay, Moo —protesta la mujer, que ahora se levanta despacio—. ¿Qué me diste de bebida, desgraciao?

—¡Venga, arriba ese culo! —ordena Moo. Luego echa un vistazo a la selección definitiva de las tareas nocturnas de su amante esposa y de sus vástagos: sobre la mesa comedor, encima de una manta sucia, figuran varios relojes de bronce algo abollados, pañuelos de la mejor seda y un pequeño broche de diamante.

—¡Niños! —dice en voz alta, mientras su voz aguda resuena por las

paredes y huecos de la casa. Moo se interna sigiloso en unos cuartos interiores que dan a un patio medio derruido por muchos inviernos. De pronto aparece un muchacho escuálido y encorvado que le mira como una criatura indómita.

—¿Dónde está tu hermano?
—pregunta Moo.

—Arriba, creo —responde el muchacho, que sostiene un instrumento extraño de cuerdas como si fuera un jamón.

—¡Venga, vamos, vamos! Se nos ha hecho de día, ¿es que no lo veis?

Salen por la misma ventana trasera por la que entraron por la noche. Al rodear el sendero del jardín abandonado, ven al triste centinela con su traje rancio y sucio; por fortuna, durante varios días, el tal Moo lo ha estado vigilando hasta darse cuenta de que su obvia falta de movilidad es causa de algún error interno y no de un carácter demasiado tranquilo.

—Mira, pa, ¿has visto qué gracioso? —observa su hijo menor, algo más ancho que el hermano escuálido, mientras señala al vigilante inocuo: un insecto camina con indiferencia sobre la nariz de la estatua.

Moo mira de reojo al guardián, y por un segundo le parece que sus ojos grises se giran para verle mientras pasa.

—¡Venga, venga, no os paréis!

2

Unas horas más tarde el sol de Cengo irradia sobre las tejas húmedas de tantas casas y pabellones de Gotzc,

y centellea en las antenas sónicas que destacan en algunos edificios oficiales. En el muelle se respiran bocanadas de humos aromáticos unidos a la esencia acre de los barriles fétidos, de la mugre que se instala con el propósito de quedarse, y de un tibio effluvio a salitre y especias. Arriba, sobre la ladera también la nueva claridad limpia algo la mugre de las verjas olvidadas, y varios croaces vuelven a instalarse en la casa del nido: todo sigue, en definitiva, como siempre ha estado.

Los ojos del centinela se desplazan hacia el oeste con lentitud; de una forma casi inconsciente siguen el vuelo de otras criaturas aladas que buscan refugio para proseguir mañana sus cacerías nocturnas. De pronto, casi sin proponérselo, mueve los dedos de una mano y enseguida la mano entera, que tenía pegada al pantalón, a la altura del muslo; luego se levanta poco a poco y se mantiene recto, con los brazos caídos y las piernas algo abiertas. Titubeante, da un paso despacio sobre la hierba, y luego otro, y al fin su cerebro le informa de una noticia: se mueve. Al principio se siente algo confuso. Ni siquiera debería estar ahí, y desde luego ignora el motivo por el cual ha podido liberarse de su parálisis, probablemente ocasionada por los cambios de la intemperie; nunca debió quedarse tanto tiempo fuera, bajo el sol y las lunas, mientras el polvo y la oxidación del aire penetraban lentamente en su materia indefensa. Enseguida recuerda a un hombre adulto, una mujer y dos hombres jóvenes bajando por el sendero con cosas que no son suyas, objetos que no les pertenecen; uno de ellos lo miró y por

un segundo pudo comprender lo que habían hecho. Entonces se gira y ve la casa, con las trepadoras silvestres en una esquina, los tablones en las ventanas y el gran nido sobre la chimenea.

Un calor interno y creciente le avisa como una señal de peligro, de modo que trata de correr pero no lo consigue, demasiado torpe o lento; demasiado pesado. ¿Cuántas órbitas han podido pasar? No lo sabe; los cifradores de computación no le revelan una sola fecha de referencia ni un parámetro al que sujetarse como un naufrago en el océano. La escala de su memoria traza una oscura línea sobre los sucesos, hasta que al fin oye una voz sin rostro.

—¿Lo harás por mí, eh?

Pronto extrae de su bolsillo una llave y la mete en la cerradura de la puerta. Luego la empuja y entra despacio, como si fuera un extraño que invade la casa sin ningún permiso, uno de esos ladrones que entraron la noche anterior sin que él pudiera evitarlo. Sus pasos hacen crujir alguna baldosa mientras entra en la biblioteca. Ya en un rincón, junto a un reloj de péndulo, pulsa un resorte que le permite abrir una puerta sin marco; cada vez que se desplaza algo más rápido, sus articulaciones chillan o se atascan un poco, y un peso incontenible en su torso le amenaza con derribarlo de golpe. Se apoya contra una pared mientras desciende por una escalerilla a oscuras, hasta que llega a una cámara inferior que sus ojos reconocen enseguida. ¿Debería estar aquí?, se dice, y duda. En su sarcófago de idrolita, la dueña de esta

propiedad duerme indefinidamente. Algo lo sobrecoge como a un niño ingenuo, ya asomado a la urna, contemplando lo que acaso no debería distinguir: la blanca desnudez de su señora; los pezones erectos, la mata oscura de su pubis, sus rodillas rugosas, sus pies desnudos. Pero al fin llega a la conclusión de que nadie la ha tocado, de que nadie perturbó su descanso. Siente algo parecido al alivio.

—Vamos, Glio, no pongas esa cara —dijo ella en su recuerdo—. Algunas deudas prescriben, ya lo sabes. No voy a estar más de seis ciclos solares. Además, Alejandro cuidará de la casa. No te preocupes.

De repente, la claridad solar de la sala se concentra en las máquinas antiguas revolviendo una densa masa de polvo, el sensor de oscuridades, el nivel óptimo de humedad y aire, y algo se activa sin que pueda impedirlo: una reacción de chispas azules que saltan por varios cables hasta el sarcófago y que de inmediato se adueñan de la maquinaria, hasta que el cristal de la urna queda empañado por una nube de vapores grasientos. Glio pone su mano enorme sobre el cristal, pero pronto la retira. Los sensores de calor le avisan de una temperatura demasiado alta para la carne. Ve la escalera de la cámara y la luz hostil, y retrocede varios pasos, pero antes de subir los escalones aprecia algo que se niega a aceptar.

De esa forma, cierra de nuevo la cámara colocando el resorte en su posición oculta. Ahora piensa en el procurador, aquel hombre isleño

y medio calvo que se había convertido en el gerente de estas propiedades. Sin embargo, ya no sabe si eso fue antes o después de que permaneciera al aire libre, inmóvil; lo único que tiene claro es que un día se vio solo en los alrededores, como un espantapájaros al que ni siquiera los croaces eludían, mientras rebuscaban con sus picos curvos entre las zarzas. Con una emoción parecida al miedo, Glio sale de la casa y divisa el horizonte, las colinas de los alrededores, el río Persul y sus barcos, esos humos celestes que brotan en escamas de algunas fábricas, el brillo de una nave espacial en una llanura, a lo lejos.

Algún rato después se interna en la cocina, ahora penumbrosa y solitaria, y sobre la que flota un suave olor a podredumbre. Se agacha como puede y, ya con la rodilla derecha en el suelo, siente que podría morir en un instante cualquiera, esta vez de forma definitiva; hasta que no averigüe la causa de su deficiencia en el jardín, debe cuidarse un poco, decide. La piel sintética se araña al levantar una baldosa junto al congelador. Luego, introduce la mano entera en el hueco profundo que ha quedado y, con lentitud, saca una bolsita de cuero. Al abrirla observa el brillo de los pendientes y collares que yacen en su interior.

—¿Te gusta? —decía ella con alguna de aquellas joyas puesta. Siempre le gustaba preguntarlo, especialmente cuando salía a alguna reunión humana o había quedado con un hombre. Glio nunca supo cómo responder a esa pregunta, porque de hecho no le era posible analizarla en todos sus

términos, lo que a veces le llevaba a reflexionar sobre el conjunto de ese dilema a solas: ¿le gustaba el colgante, lo que representaba, asociarlo a ella, o su belleza era un vínculo invisible con su dueña? No, Glio, nunca contestaba, y si lo hacía era asintiendo cortésmente, tal como fue programado. Enseguida, casi sin esperarlo, le asalta un nuevo recuerdo:

—Esto es un secreto entre los dos, ¿entiendes? Nadie puede saberlo. Escucha, Glio, escucha bien, por favor. Si alguna vez lo necesitas, coge esta bolsa entera y ve a la tienda de Omu. Empeña todo y ayúdame con el dinero. Pero nunca puedes decir quién te manda, ¿de acuerdo?

Ahora Glio se mete en su bolsillo un colgante de piedra de aroletta, rosada y celeste y, con un cuidado casi exquisito, introduce de nuevo la bolsa en el hueco y lo tapa con la baldosa. Menos mal que los ladrones no han llegado a descubrirlo, piensa, y de forma involuntaria hace un recuento completo de los objetos que faltan. Un incierto desequilibrio le golpea por dentro, una marea de datos e informaciones que no puede controlar ni distribuir en su sistema: ¿por qué se averió cuando no debería haberlo hecho? No estaba preparado para esa anomalía, como no lo está ahora.

En silencio, en la oscuridad de la casa abandonada, Glio permanece inmóvil sentado en un asiento con brazos, escrutando las tinieblas. Debo protegerla, piensa, y así anula cualquier otra idea contradictoria. Los secretos compartidos deben preser-

varse para no dejar de ser secretos; de otro modo podría incumplir su máximo principio de fidelidad. Envuelto en la aureola luminosa de un polvo que flota a su alrededor, otorgando a Glio el aspecto de un fantasma confuso, al fin recuerda los viajes de su señora y esos ciclos orbitales en los que debía permanecer solo al cuidado de la casa.

—No le abras a nadie que no conozcas —le solía decir ella mientras algún sirviente le llevaba las maletas para meterlas en su vehículo y llevarla al puerto.

Una vez vino de un largo crucero por las islas antiguas.

—He pasado por la Costa de los Sifaros, Glio —le contó ella al volver, aún con restos de arena en la ropa.

“Los sifaros”, reflexiona en su refugio, y evoca todo lo que ha leído sobre los primeros nativos de ese planeta, antes de que los humanos los destruyeran con sus enfermedades y cruces genéticos. Hoy ya sólo quedan los lejanos descendientes de los hombres y mujeres que se unieron a la oscura especie antes de que se extinguiera del todo; seres con el cráneo abultado y anómalo, de piernas retorcidas y con manchas en la piel, como las de un dálmata. De cualquier forma, siempre le resultaron un misterio profundo: cuanto más se informaba de ellos, más familiares le parecían, y sin embargo no hubo nunca nada que en principio lo uniera con esos individuos. “Cenubés”, así llaman a la desgraciada prole seudosisfara que sobrevive por el puerto o en los peores barrios de Gotzc.

Al atardecer Glio sale de la casa y descende el sendero con lentitud. Antes se ha asegurado de que las puertas estén bien atrancadas, lo mismo que los tablones y los cristales. No debe tardar mucho, se dice mientras la imagina sola descansando en la idrolita, y camina a un ritmo constante, hundiendo sus zapatos en la tierra húmeda. ¿Y si volviera a pararse?, reflexiona, y un impulso primario de alarma le instala en esa posibilidad. Despacio, se gira y ve la casa a lo lejos, y por un momento tiene la misma impresión que recibió el día en que le dejaron solo, fuera de las naves-talleres donde lo ensamblaron.

Al recorrer los primeros callejones se tropieza con una banda de niños harapientos que se ríen de la forma en que está vestido, e incluso alguno le lanza un fragmento de boñiga que golpea contra la espalda de su maltratada chaqueta. Glio no se detiene; preocupado sólo por que no haya ningún fallo motriz que le paralice sin previo aviso, camina observando los carteles de las tiendas y los anuncios que cuelgan de algunas paredes y farolas. Por fin encuentra el sitio que tenía registrado en su plano mental primigenio, un edificio de ladrillos grises de cuatro plantas. Algo indeciso, Glio pulsa un botón y espera casi un minuto, mientras distingue a una nueva tropa de pequeños rateros que le han seguido y que ahora lo amenazan con lanzarle más bolas de mierda.

—¿Sí?

Junto a la puerta abierta aparece una joven ataviada con un traje de

tonos dorados y azules. Alta y descalza, lleva puesto una especie de turbante rojo que contrasta con la palidez de sus facciones adolescentes; su cara es ovalada y suave, de nariz chata y hermosos ojos castaños. Durante unos segundos, la muchacha observa al visitante, desde los zapatos llenos de barro hasta los pantalones manchados y con rastros de ramas y matojos, y enseguida dibuja una mueca para reprimir una sonrisa traviesa. En ese mismo instante algo blando se estrella contra la oreja izquierda de Glio, salpicando medio rostro; al fondo de la calle se oye el estrépito de varios niños corriendo entre risas.

—¿Podría ver al señor De Ziiv, por favor? —dice Glio, y algunos fragmentos de barro apestoso se resbalan y caen por su barbilla.

La muchacha aprieta un poco más el gesto, conteniendo una reacción que Glio no intuye ni imagina; ociosa, ha colocado su pie derecho detrás del tobillo izquierdo mientras se mantiene en un precario equilibrio, como el de ciertas aves locales que abundan en las riberas.

—¿Quién?

—El señor De Ziiv —responde Glio, sin cambiar un ápice de su semblante adusto.

—¿Quién es, Marina? —dice de pronto una voz bronca, y junto a Marina llega un individuo ancho con barba rojiza que lo mira con ojos incrédulos.

—¿Pero qué le ha pasado? —pregunta el hombre, y detrás de él se oye la risa limpia de Marina.

—Los chicos del muelle —aclara la joven a su espalda.

—¿Puedo ayudarlo? —dice el hombre.

—Señor, me gustaría hablar con el señor De Ziiv. Alejandro de Ziiv, señor.

El caballero barbudo entorna los ojos mientras se agarra con una mano de la punta de su barba.

—¿El abogado? Hace ciclos que ya no vive en este edificio.

—Ciclos —repite Glio, y trata de confirmar en su cronógrafo esta información, pero le es imposible; permanece oculta o aislada a su consciencia.

—Como ocho o nueve, por lo menos. Marina era muy niña; eso lo recuerdo bien.

Absorto, Glio parpadea unas pocas veces. No es algo que ocurra con frecuencia, como de hecho no ocurre, pero pasa alguna vez; al menos ha ocurrido en otros momentos de su existencia.

—¿Podría decirme dónde puedo encontrarlo, por favor?

—Ni idea —resume el individuo barbudo con un brazo extendido hacia el marco de la puerta—. Se fue en un barco por el río. Creo que hizo fortuna con las casas de esos durmientes de arriba y luego se fue.

—Fortuna —dice Glio, indeciso.

—Lo siento, amigo; si me disculpa —dice el hombre, y cierra la puerta.

Glio no reacciona hasta que ha pasado un largo rato; tanto que desde algunas ventanas varios rostros lo observan detrás de los cristales por algún hueco de las cortinas. El barro y el estiércol han empezado a secarse cuando se encienden las primeras farolas de la calle, alargando las som-

bras hasta recluirlas en las esquinas o en los rincones más inmundos y atrayendo a una miríada de insectos minúsculos e inquietos; entonces gira por fin la cabeza y aprecia el resplandor artificial del entorno. Luego sigue su paso por un callejón angosto, mientras algunos marineros se burlan de su curioso aspecto o de la forma automática con la que anda erguido sin mover los brazos.

—¡Eh, payaso, que el circo ya se fue! —le grita alguno, pero Glio no lo escucha. En el fondo, no deja de pensar en la secuencia de ciertos hechos y en la forma más lógica de asociarlos e interpretarlos.

Apenas ha oscurecido por los alrededores de las colinas que bordean el Persul, mientras las mansiones de la ladera se refugian en las tinieblas de ese olvido al que prefirieron arrojarle sus dueños. A lo lejos se escucha el ladrido de un perro salvaje. Mientras sube por el sendero, Glio la recuerda en su sala de música, tocando el piano; le encantaba tocar el piano hasta que tuvo que venderlo, como tantas otras cosas suyas.

—Tú también podrías tocar, si quisieras —le decía a menudo, y lo miraba levantando un poco una ceja. Glio se quedaba solo en la puerta, escuchándola sin atreverse a interrumpirla. Una noche, justo cuando acababa de tocar una obra que solía repetir con frecuencia, dejó sus dedos largos sobre las teclas y lo observó.

—Mi abuela vino a este planeta con varios como tú, ¿sabes? Aquí hizo toda su fortuna.

—Fortuna —repite de nuevo y, ya junto a la verja de la casa, contem-

pla las luces amarillentas de Gotzc y el curso oleaginoso del río, los brillos apacibles del puerto y las sombras violetas de las otras colinas.

Esa noche Glio prefiere sentarse en un sillón de la biblioteca, tratando de oír algo que cambie la gravedad del aire, algo que lo ayude en su búsqueda o le permita facilitarla. En la oscuridad sus ojos grises distinguen dos mundos irreconciliables; uno iluminado, con cortinas que se inflan con la brisa mientras un ormetus mascota pasea por encima de la mesa comedor, y otro cubierto e invadido de sombras, sin ruidos ni luces. Por un momento dirige su mirada hacia la cámara: debe tener cuidado mientras ella duerme; no vaya a despertarla, se dice. Pero algo lo agita al imprimir en su pensamiento una orden extraña, novedosa. Despertarla, cavila, y cierra los párpados y se mantiene en estado estacionario, bajo una confusa masa de recuerdos que se entremezclan unos con otros. Impresiones fugaces; el sonido de una melodía o el brillo de un jarrón en el crepúsculo. Encorvado, con los codos sobre sus rodillas y la mandíbula sucia apretada en un rictus sin malicia alguna, a Glio le sobrevienen esas impresiones mientras trata de recordar el momento exacto en que todo se detuvo.

De pronto algo abre sus ojos y aprieta los puños. Ha oído un susurro, un pequeño carraspeo a varios metros de distancia; es posible que en la sala de visitas, donde el señor De Ziiv se sentaba con su pareja del momento a debatir con la dueña de la casa ciertos asuntos de negocios. Se levanta con aplomo, pero ya en

el corredor golpea un mueble que los ladrones de anoche desplazaron a una esquina. Se detiene, y por un segundo sus orejas se mueven casi perceptiblemente, tratando de discernir el origen de algún nuevo murmullo. Pero Glio no es en el fondo ningún guardián, y ni siquiera podría considerarse un mero centinela; nunca fue concebido para esos propósitos, y casi le resulta imposible aprenderlos sobre su programación estándar. No; siempre ha sido un *ceriote*, como los llaman por Gotzc y otros lugares. Un modesto y silencioso secretario casero; no un sujeto de combate ni un mercenario listo para la lucha. Su misma constitución le impide algo distinto para lo que está hecho, y ni siquiera sabría cómo usar un arma en el caso de tenerla ahora mismo en su mano.

Así, Glio permanece un largo rato de pie, sin entrar nunca en la sala pero tampoco sin alejarse de ella, hasta que puede convencerse de que el ruido que oye de cuando en cuando procede de alguna guarida oculta de zemíes, esas criaturas trepadoras que se apoderan de los hogares solitarios o abandonados. Para cuando eso ocurre ya casi entra una suave claridad por entre los tablones de madera que ciegan las ventanas. Por fin se convence de haber hecho lo correcto. De cualquier modo, no querría herir a nadie, se dice; pero pronto nota una reacción semejante a la que tuvo o aún tiene al mirar al hueco de la biblioteca y suponer que ella duerme y que debe esperarla. Sí, debe de ser eso, piensa con lentitud, y se da cuenta de que podría sufrir

de algún desajuste interno que le hace sentir las horas demasiado deprisa. Pronto logra reponerse como puede, y de nuevo percibe el silencio y el polvo que lo rodean y que sus sensores asimilan de forma automática.

Al día siguiente Glio baja una vez más a Gotzc por el sendero de la ladera. Con su habitual paso de tortuga, recorre las mismas calles estrechas de la mañana anterior, hasta una plaza redonda con numerosas tiendas y comercios. Tras un rato vacilante, entre las miradas atónitas de varios lugareños que lo miran como si hubiera llegado de otra galaxia, decide entrar en una tienda pequeña en cuyo mostrador atiende un hombre que repasa algo en un libro abierto. Es un joven pálido de rasgos huesudos y barbilla puntiaguda, con la que parece señalar lo que observa a su paso, y cuyos ojos algo saltones resultan de un extraño color entre azul y amarillo.

—Buenos días, señor —dice Glio, y coloca el colgante sobre el mostrador—. ¿Podría empeñar este objeto, por favor?

El muchacho saca de un armario una especie de lupa que se incrusta en la cuenca ósea, y durante largo rato se entretiene en examinar la joya.

—Cien gorleps —dice al fin muy seguro.

Glio mira al cristal del mostrador, donde brilla el colgante; luego estudia la expresión del dependiente de esa casa de empeños, la sonrisa prieta, la posición rígida de sus hombros o la forma en que sostiene la lupa.

—Cien gorleps —repite, y proyecta sus ojos grises sobre la figura del-

gada. La sonrisa del joven desaparece de golpe, sustituida de inmediato por un gesto ofendido, casi hostil hacia los términos de un posible acuerdo.

—¿Cree que es poco, eh? Pues déjeme que le diga una cosa, por favor. En ninguna parte van a darle más que aquí, eso se lo aseguro.

—Cien —dice Glio, y vuelve a mirar el colgante. Un color sonrosado invade de golpe el rostro enjuto del muchacho, que parece haber sido objeto de una calumnia despiadada o de una ofensa sin nombre.

—¿Sabe usted... sabe el seguro que debo pagar para estos casos, eh? ¿Lo sabe? Sé lo que piensa, pero también podría preguntarle de dónde lo ha sacado. ¡Estoy en mi obligación, no crea! No hace falta que me lo diga. Yo siempre soy muy prudente y no hago preguntas ni juzgo a nadie; lo contrario que otros. ¿Se imagina que yo también caigo en riesgo, si la policía llega y hace preguntas? ¿Y si resulta que compro algo robado? Pero yo no hago preguntas, eso nunca. Y por eso, si yo estuviera ahí, donde está usted, y usted aquí, nunca pondría en duda la cantidad, ¿sabe usted? Porque yo no hago preguntas, ni juzgo. Sólo hago mi trabajo, señor.

Al salir de la casa de empeños con los cien gorleps en el bolsillo, Glio se siente como un niño al que han enseñado nuevas virtudes morales sobre la sociedad en la que vive. Sin duda le quedan muchas cosas que aprender, está seguro. Individuos como ese buen hombre deben enseñarle a no dudar del oficio de cada uno. ¿Pero y el señor De Ziiv? Se

detiene en medio de la plaza, con las manos colgando y bajo cierto aire abstraído. Tal vez algo ineludible le pasó hace varios ciclos, cuando *ella* decidió recluirse en la cámara de reposo para eludir el pago de ciertas deudas o no tener que afrontar algunas futuras. El señor De Ziiv era bueno, o eso decía ella a menudo; los había ayudado muchas veces, de modo que lo que pasó pudo estar motivado por alguna causa inapelable. Quizá, tras el letargo suspensorio, afrontó ciertas dificultades que lo obligaron a salir de Gotzc, ya que el señor De Ziiv no tuvo nunca un sarcófago de idrolita.

Por un mercadillo abarrotado de gentes, Glio camina sin prestar demasiada atención en nada ni en nadie. La última vez que tuvo que acudir a esa tienda de empeños no estaba en ella ese joven sino otro humano; un hombre más viejo con un bigote a la moda de Irlia, con las puntas tiznadas de verde. Es posible que el muchacho sea su hijo, se dice; o su nieto. Por suerte, antes de concluir el acuerdo le informó (todavía algo enfadado) dónde podría dar con un taller de reciclajes. Debe confiar en los hombres buenos, reflexiona. Entre la multitud alguien grita algo.

—¡Cacharro a la vista!

Luego, sus pasos lo dirigen hacia las inmediaciones del muelle, donde divisa la mole oscura de un barco de mercancías con una bandera de otro país; su mascarón de proa es una criatura de bronce sobre la cual reposa ahora una gaviota. Varios hombres fornidos cargan cajas por un pequeño puente de madera y unos

seres pequeños las arrastran con dificultades, encorvados y lastimosos. Cenubes, se dice Glio, y uno del grupo se lo queda mirando con el cuello algo torcido, como si le conociera; tiene el aspecto de un enano que presenta una protuberancia gigante en su cráneo casi desnudo, con unas pocas matas escasas de pelillos entre rubios y grises. Hombres buenos y hombres malos, cavila poco antes de alejarse hacia los depósitos de reciclaje. Pero no, los cenubes no son hombres. Nunca lo fueron; su señora lo decía muy a menudo.

—En los tiempos de mi abuela —le contó ella una noche— hacían falta muchas armas para defenderse. Los sifaros llegaban en unos barcos, por decirlo así, y desperdigaban por la ciudad a criaturas del istmo que se comían las cosechas. Algunos quisieron destruirnos y todo, pero las naves bombardearon sus ciudades muy pronto y tuvieron que refugiarse muy lejos. Luego, algunos colonos empezaron a hacer eso tan repugnante de mezclarse con sus hembras, y tuvieron esas cosas deformes.

Glio entra en un hangar muy alto abarrotado de columnas, entre las que se agolpan grandes piezas de máquinas, pedazos sueltos de naves espaciales y curiosos andróides con forma inhumana que le producen la misma sensación de lo inservible. Un individuo gordo con un traje azul lleno de manchas y una gorra se acerca para observarlo con los ojillos muy abiertos.

—Vaya —es todo cuanto dice, mientras se limpia las manos grasientas con un trapo sucio.

—Buenos días, señor —dice Glio, y mete su mano en el bolsillo—. ¿Arreglan ustedes errores de sistema?

El hombre gordo saca por un instante la punta de la lengua y la desplaza por el labio superior, mientras no deja de examinarlo como si fuese un vestigio de otra era. No dice nada hasta que al fin lo mira con las cejas arqueadas, torciendo la mandíbula peluda.

—Noventa de estudio —suelta— y doscientos treinta de reparación completa.

Glio saca la mano del bolsillo.

—Tengo cien gorleps, señor.

—¡Eh, Mithu! —brama el gordo mirando a un rincón del taller. Pronto acude un hombrecillo de aspecto nervioso, con el pelo recogido en una coleta y un aro en la oreja derecha, que suelta una carcajada al verle.

—¿Pero qué coño...? —dice, y se golpea con una mano en la laguna de calvicie que destaca sobre su coronilla.

—¿Cuánto hacía, eh? —le dice el gordo con aire de complicidad.

—Por lo menos eones, Barico, eones.

—¿Cuánto tiempo le echas? —pregunta, y por un momento los caballeros parecen haberse olvidado por completo de Glio y sus problemas.

—Veinte ciclos; diecinueve, como mínimo. Es de una gama que ya no se hace, tío.

—Dice que tiene cien gorleps, y quiere que lo reparamos.

—Con cien no tenemos ni para pagar el fluido eléctrico, amigo —informa el tal Mithu a Glio con una mueca jovial, casi alegre.

Incómodo, mira al hombre gordo y luego al hombrecillo nervioso, y enseguida nota que otros individuos han parado lo que estaban haciendo para observarlo.

—Tiene razón, señor —responde al fin, apesadumbrado, y casi se dispone a irse cuando el gordo lo sujeta de un brazo.

—¡Eh, amigo! ¿Pero adónde va? Si tiene errores de ese tipo, y además contando con su edad, está en peligro de muerte inminente. Si sale por esa puerta puede apagarse en cualquier momento. ¿Es eso lo que quiere? ¿Un suicidio?

—No tengo tanto —admite Glio, y vuelve a esconder su mano en el bolsillo.

—Pero tiene de sobra para el estudio, y el estudio es lo más importante. Sin estudio no podemos saber cómo de grave es el tema. Y seguro que luego podrá pagarnos para la reparación, las piezas y todo lo demás, ¿me equivoco?

Hombres buenos, piensa, y se deja conducir por el taller hacia una sala con luz eléctrica. Varias planchas metálicas reposan con artificios encima.

—Bueno —observa el hombrecillo—, me temo que tendrás que quitarte esa ropa sucia que llevas, amigo. Luego tumbate ahí, como puedas. Hay que escalearse un poco.

Desnudo, Glio mira confuso a los operarios de reciclaje mientras mascullan cosas que no entiende y señalan con aire festivo su pubis sin apéndices. La carne sintética parece haberse deteriorado bastante por tantos ciclos solares, tantas noches a

la intemperie sin nadie que le prestara ninguna ayuda. Si alguna vez ha percibido algo semejante a la vergüenza humana es ahora, sobre todo cuando se reclina sobre la plancha de metal y pone sobre ella su espalda. Tienen razón, dice cerrando los ojos; si no arregla su fallo es muy probable que vuelva a reproducirse sin remedio. Luego sacará más dinero de la baldosa de la cocina, piensa. Así, activa su mente en modo automático mientras una máquina hidráulica se acerca con su brazo de acero y dirige un haz de luz intenso que se desliza por sus extremidades. Pero Glio apenas está atento a lo que pasa a su alrededor, y sólo ve a personas y formas que no se encuentran en esa sala húmeda llena de objetos metálicos.

—¿Qué es lo que estás viendo, Glio?

Ella estaba detrás de él, casi en la puerta de la casa, y agarrada a la cintura de un caballero muy alto con una casaca negra.

—Nada —dijo, y ni siquiera supo por qué había dicho eso. En realidad, con frecuencia le gustaba salir por la ladera y observar el paso de los barcos por el río; sentarse en el banco de hierro.

—Cariño —le dijo el hombre a su señora—. Es genial tu muchacho, ¡qué ocurrente!

—¿Ocurrente? —dijo ella en voz más baja y con una media sonrisa—. Se nota que no conoces bien a Glio.

—¡Eh, Glio —dijo de golpe aquel sujeto, al que no había visto nunca—, no me digas que quieres irte en un barco de éstos!

Glio no dijo nada, sólo miraba la expresión de ella mientras pasaba por otro lado del sendero y se iban alejando.

—Es mi guardián; no tiene permiso para irse. —Agudizando los sensores de sonido, escuchó su voz en la distancia—. Además, no sabe hacer casi nada, en el fondo, pero tampoco me da problemas. Mi Glio no podría vivir ahí fuera, eso seguro.

—Guardián —murmura, y entonces un calor seco cubre su rostro ancho y lo obliga a abrir sus ojos artificiales. Enseguida ve a un grupo de hombres con uniformes de color negro y rojo; desperdigados por la sala, algunos sujetan fusiles mientras le apuntan.

4

¿Cuánto tiempo ha pasado?, se dice, y por un momento supone que la luz de la máquina ha podido desactivarle algún circuito del procesador interno para sumirlo en un sueño inducido. De inmediato se le acerca un hombre bajo de aspecto apacible, con las cejas canas y una perilla gris de chivo terrestre.

—Bueno, parece que ya tenemos uno —dice—, ¿no, Mithu?

—Éste es. Quiere que lo arreglemos, ¿qué te parece?

—Arreglarlo. Suena bien.

—Bolene, supongo... supongo que no has olvidado lo que me dijiste por ledófono.

—Ya tendrás lo tuyo; no seas impaciente. Sabes que no me gusta la gente impaciente; es algo que me pone nervioso.

Aturdido por varios parches artificiales que le han colocado por algunas partes de su cuerpo desnudo, Glio se levanta muy despacio sin ninguna queja, poniendo sus pies gigantes sobre el suelo y mirando al grupo con el mismo desamparo de aquella vez en que oyó a su señora en el jardín.

—Glio no podría vivir ahí fuera —oye de nuevo en su mente, y se convence de que si ella lo dijo fue por algún motivo bueno, por alguna buena causa.

—¿Lo vestimos? —dice alguien.

—Eso es como vestir a un mono —responde el hombre de aspecto apacible—. Por mucho que lo vistas no deja de un ser un mono. No, no vamos a perder más tiempo. Además, aquí el amigo se va a portar bien, ¿a que sí?

Glio entreabre la boca; los parches inhiben ciertos movimientos rápidos de su musculatura, descargando una serie de corrientes internas que circulan por sus terminaciones nerviosas, hasta dejarlo indefenso.

—¡Claro que sí! ¡Además, nadie tiene que escandalizarse! ¿A quién le gusta vestir ya a estos cacharros? Lo mejor es que vayan así; que todo el mundo pueda reconocerlos. ¡Ven-ga, andando!

Al salir a la luz envuelta en brumas del puerto, Glio gira su cabeza y divisa los barcos de mercancías y las barcas turísticas que recorren el río sin ninguna prisa, removiendo un oleaje espeso sobre cuya superficie suele sobrevivir una nata oleaginosa e iridiscente. ¿Adónde irán?, se pregunta; ¿hacia qué lugar irán los barcos que se marchan sin volver,

o acaso vuelven? Eso Glio no lo sabe, pero tampoco tiene muchas posibilidades de saberlo, dadas las circunstancias. Ni siquiera se ha percatado de que un coro de hombres desconocidos le gritan cosas incomprensibles y parecen reírse de algo que encuentran muy gracioso, porque no paran de hacerlo. El hombre de aspecto apacible y los otros policías lo llevan hasta un enorme vehículo; entonces alguien le ordena que se meta dentro por la puerta trasera.

—¡No sabía que tuvieseis culo!
—suelta un estibador agarrado a una joven pálida con ojos narcotizados y sonrisa distante—. ¿Es que cagais tornillos y tuercas?

Obediente, Glio trata de comprender todos los aspectos de su problema para descubrir la forma más idónea de aclararlo, pero a cada hipótesis sugerida se le ofrecen más y más dificultades. Si el mecánico iba a ayudarlo, no entiende por qué ahora estos señores lo tratan como si hubiera hecho algo malo o como si pudiese hacerlo; por qué va sentado en un oruga gigante del Organismo de Policía de Gotzc, mientras un individuo calvo lo vigila con un arma de fuego en una esquina. Distráido, se mira los pies desnudos, sucios por el charco turbio que ha pisado al entrar en el vehículo. Ojalá pudiera entenderlo; ojalá pudiera saber bien lo que ocurre. Los sensores termostáticos le informan de que hay un descenso brusco de temperatura de su cuerpo robusto, tan grande que parece un coloso arrinconado, con la espalda curva y la mirada baja. Ahora Glio recuerda las horas y los ciclos, el

tiempo pasando con calma en las inmediaciones de la casa, mientras ella se iba y regresaba, y luego volvía a irse de viaje.

A veces, cuando estaba solo o esperando a que ella volviera de la ciudad o de cualquier otro sitio, solía sentarse en una roca plana cerca del sendero mayor de la ladera. Al principio había sido un camino transitado por vehículos híbridos y hombres y mujeres que los cruzaban a pie en dirección a las residencias de sus lujosos dueños, pero poco antes de sufrir el apagón de su mente ya sólo era un paraje descuidado y medio solitario que nadie o muy pocos se molestaban en subir. ¿Para qué? Bastantes ricos terratenientes y dueños de empresas comerciales habían decidido sumergirse en el fluido constante de la idrolita para paliar así sus carencias, o al menos para disolverlas en una suerte de sueño artificial y continuo. Sentado en su roca favorita, Glio era aún muy joven cuando conoció a Urlet, la pequeña hija de una doncella de la casa del tejado negro, no muy lejos de la vivienda de su señora. Urlet siempre llevaba el mismo vestido, la misma falda algo deshilachada, los mismos zapatos sucios y viejos y una diadema verde.

—Hola, me llamo Urlet —le dijo una tarde, mientras le acercaba con timidez un juguete mecánico—. ¿Me lo puedes arreglar?

Glio no sabía nada de arreglar juguetes ni de muchas otras cosas, pero tal vez Urlet supuso que un ser como él podría hacerlo; entre sus manos sin experiencia, lo único que consiguió fue despedazarlo y devol-

verle el juguete aún más roto. La niña se alejó llorando por la colina, y poco después apareció un hombre alto con un palo en la mano.

—¿Qué le has hecho a mi hija?

Desde aquel día tuvo que renunciar a sentarse en la piedra y decidió que sus rondas y paseos fuesen más cortos y alrededor de la casa, y que para sentarse tendría sólo el banco de hierro. A veces miraba desde el jardín con sus tranquilos ojos grises y veía a la niña jugando con otros niños entre los arbustos, un poco más abajo. Una noche decidió que bajaría a Gotzc a comprarle un juguete a Urlet, pero el impulso inusitado de ese propósito se estrelló pronto con varios inconvenientes casi fatídicos. El primero de ellos, que no estaba hecho para salir de las propiedades de su señora sin permiso y aun menos bajo una excusa semejante. Tampoco tenía idea de juguetes ni conocía a nadie que la tuviera, de modo que el objeto de esa empresa estaba casi abocado al fracaso desde el principio. Por eso lo dejó ir, una órbita tras otra, en ocasiones asomado por la ventana de una habitación a la que *su señora* nunca iba: veía a Urlet sentada en la roca donde antes se sentaba él mismo.

—No quiero jaleos con esa gente, Glio —le dijo una vez su señora—, de modo que no te acerques por allí y ya está. Yo conocía a sus amos, y te aseguro que no están para tontearías.

Un día dejó de aparecer por los alrededores. Entonces un granjero le informó que los sirvientes de la casa del tejado negro se habían marchado después de que su hija menor

muriera a causa de unas fiebres incurables. Pensativo, Glio necesitó muchas órbitas para darse cuenta de que no volvería a verla. ¿Por qué piensa en eso ahora?, se pregunta, y de pronto se abre la puerta del vehículo de golpe.

—¡Venga, vamos! ¡Sal!

Al levantar la cabeza, Glio observa que se halla en un patio redondo de ladrillos color ocre, con un edificio alto y macizo por delante en el que destacan varias filas de ventanas muy estrechas y oscuras y unas insignias de bronce sobre el arco de una puerta imponente. Pronto lo llevan hasta el interior por corredores anchos con lámparas viejas con forma de hongos; al fin lo dejan en una sala luminosa con cabezas de brobbos disecadas en las paredes, muebles de aspecto anticuado pero confortable y una mesa cuadrada detrás de la cual le recibe una mujer gorda con gafas redondas y un flequillo escrupuloso que le llega hasta las cejas.

—¿Por qué está desnudo? —pregunta reclinando su espalda en el asiento, y tamborilea con sus uñas largas y curvas en la superficie barnizada de la mesa.

—Orden del comisario —recita un muchacho con uniforme que le ha llevado hasta allí.

Distraído, Glio dirige su atención a una difusa masa de objetos que lo rodean; desde el mapa acristalado de la esquina hasta la pequeña placa de oro que sobresale por detrás del sillón de la mujer.

—Bien —dice la señora con un aire apático mientras arruga un poco su boca, acaso acostumbrada a un

gesto de pesadumbre o de resignación diaria—. ¿Qué tenemos entre manos?

—Es sospechoso en primer grado de robos en la colina —dice el muchacho—. Lo hemos cogido cuando estaba intentando cambiarse de aspecto, en un taller del puerto. Una llamada nos avisó de lo que pasaba.

Glio escucha la acusación sobre cambiar su apariencia, pero ni siquiera tiene el impulso de contradecirla o refutarla, ya que no entiende bien el argumento ni la posible forma de defenderse.

—Bueno, amigo —dice la señora de aspecto ajado—. ¿Tienes algo que decir?

Glio observa el sudor que brilla en las sienes de la mujer, el modo frenético con el que parpadea detrás de sus gafas sucias, pero no responde.

—Al final os cogemos a todos, tarde o temprano. Lo que pasa es que tu caso es algo especial, me temo. Tendré que consultarlo con el Erálogo, por si hay jurisprudencia. ¿Niegas que ese dinero no sea tuyo? Dime, responde, ¿o es que no te programaron para eso?

—No.

—¿No? —Y sonríe exaltada, enseñando unos dientes muy pequeños y mal alineados—. ¿Pero qué respuesta es ésta? ¿“No” qué? Te pregunto si reconoces que ese dinero que llevabas, con el que querías pagar en el taller, no es tuyo. Te aviso que vamos a rastrear los comercios de siempre, donde recuperamos todo lo que robáis arriba.

Glio tuerce lentamente el cuello y se fija en el gesto distraído del joven del uniforme.

—Bueno, la cosa está clara de momento —resume al fin la señora, recuperando algo de su paciencia—. Por si no lo sabes, yo me encargo de facilitar los procesos, la burocracia. Tu caso, como acabo de decirte, es un poco especial. Pero la verdad es que no tengo tiempo ni ganas de perderme mucho con lo tuyo. Hay expedientes más urgentes, y tengo al Comisario Jefe resoplando en mi nuca. Podría ordenar que te aten al motor de una nave espacial y te desintegren en el aire. Apuesto a que nadie te echaría en falta. ¿O no? ¿Tienes más amigos en tus robos?

—Déjelo, Excelencia; este tío habla poco —dice el joven.

La señora vuelve a tamborilear en la mesa.

—Tenemos la prisión abarrotada de asesinos y conspiradores, ¿lo imaginas?

Glio no imagina nada, al menos de momento: la mira como si tuviese que hacer algo concreto pero no supiera la forma adecuada de hacerlo. En cierto sentido, es algo que le recuerda a otras épocas, cuando su señora esperaba de él alguna respuesta lógica o brillante o al menos satisfactoria, y él sólo podía responderle con su silencio.

—Vas a pasar una noche en el calabozo de abajo. Oficial, mañana le daremos unas ropas oportunas, o algo para ponerse.

—Pero, Excelencia... —protesta débilmente el muchacho.

La señora agita la mano para que el muchacho se calle de golpe.

—Silencio. Llevo más de treinta años en esta sala, me han salido al-

gunas arrugas, pero creo que no me he vuelto loca todavía. Este mendrugo no sabe ni dónde tiene la espalda. Podemos llevarnos horas y horas con él y sólo perderemos la paciencia. De momento quiero un informe detallado de búsqueda sobre tiendas de empeño. Y tú, amigo... sí, tú, ¿me oyes? No te quiero ver por aquí cerca, y desde luego aún menos por la ladera. Oficial, creo que ya he tenido bastante con esta visión de carne sintética al vacío.

—Sí, Excelencia.

Poco más tarde acaba en una celda de piedra de los subterráneos de la comisaría. Al sentarse sobre una cama pequeña, donde apenas cabe su enorme culo redondo, las patas de hierro chillan avisando de una caída inminente. Inmóvil, Glio pasa el resto de la tarde y la noche escuchando voces de otros prisioneros y pasos y susurros de animales diminutos que cruzan vigas ocultas o recorren los oscuros pasadizos de sus madrigueras. Casi al amanecer piensa que tal vez los hombres actúen bajo coordenadas justas pero inaccesibles para su comprensión absoluta. El amable señor de la tienda le dio dinero, y el mecánico quería ayudarlo, y desde luego los policías sólo quieren atrapar a esos ladrones que merodean por los alrededores de casas como la de su dueña. ¿Por qué no dijo nada sobre los individuos que vio ayer, cuando de pronto pudo liberarse de su bloqueo físico y mental?

A veces también le cuesta trabajo poder entender sus propias acciones, pero sabe que debe existir una respuesta clara a cada principio de un

enigma, a cada misterio de un fenómeno. La señora policía sólo quiere que no se repitan los hechos que castiga, y por eso lo protege de seres como a los que persigue desde su despacho. En cuanto salga debe volver a casa y no salir hasta que se hayan olvidado de él, acaso para siempre. Si quisiera, podría ralentizar los cronógrafos de su procesador interno, hacer que en cada segundo de su mente transcurran varias órbitas; estacionarse como *ella*... Y un día, cuando menos lo esperara, despertarla de nuevo para que las cosas volviesen a ser como antes.

5

Una suave llovizna vuelve a acudir sobre Gotzc en la penumbra de la aurora. Enfundado de nuevo en sus ropas (ya que finalmente no hubo forma de encontrar algunas otras de su propia talla), ahora más sucias y percutidas que nunca, sale por la verja abierta de la comisaría mientras siente la humedad sobre su pelo moreno, aplastado y corto; gotas de agua que resbalan por su mandíbula prominente o su barbilla sin que él se dé cuenta ni tampoco parezca importarle en absoluto. Ha perdido su dinero, los cien gorleps, y el colgante de su señora, y ni siquiera sabe cómo podría recuperarlos. Por primera vez Glio presiente un temblor que irradia por su organismo sintético hasta cubrirlo como si fuese una ola. Ella, su señora, lo sabía; también el padre de aquella niña, de Urlet, y los otros hombres: todos lo sabían. Sabían que está determinado

a destruir, sin quererlo, todo aquello que le interesa. ¿Cómo podrá decírselo cuando abra sus ojos? No, titubea en medio de la calle, mientras pasan varios gotzcenos protegidos por paraguas grandes y negros como escarabajos; a ella no podrá decírselo. Por un segundo, el recuerdo de las chispas azules en el sarcófago surge con todos sus detalles, pero un bloqueo de su mente lo anula, como si nunca hubiera existido.

De pronto se percata de que alguien lo mira no muy lejos. Es una criatura pequeña vestida con harapos, algo encorvada y de aspecto deforme. El hombrecillo lo mira como un pez: de reojo y casi como si lo asustase haber sido descubierto. Glio levanta un poco la mirada hacia la ladera, indeciso. Sin embargo, la criatura avanza con lentitud, apoyando una mano de dedos largos en una pared ennegrecida por el humo grasiento de una fábrica cercana. Pronto observa las manchas pardas que cubren su piel y la burbuja de carne que sobresale de su cabeza casi desnuda. Un cenube, piensa Glio; nunca antes había visto a uno tan cerca. Debe de ser uno de esos trabajadores del puerto a los que tienen trabajando día y noche hasta que no pueden más y deciden morirse. El cenube le hace un gesto con la mano, llevándosela a la boca, pero Glio no entiende el significado. Empapado por la lluvia, que ahora corre con más virulencia por las piedras de los callejones circundantes, vuelve a mirar la casa, allá arriba. La señora de la comisaría le ha hecho muchas advertencias, pero sabe que no tiene otro sitio adón-

de ir. Nunca lo tuvo, y todo el mundo sabe que él no sabe cómo ir solo a ninguna parte. Todo el mundo lo sabe, se repite, y observa la mueca del cenube; luego Glio sigue caminando por un callejón empinado que lo conduce a los arrabales apestosos y, desde allí, al pie de la ladera. Siente que el cenube lo sigue a poca distancia, pero no se gira en ningún momento.

Ya en las inmediaciones de la casa, Glio observa los pelajes húmedos de los croaces inmóviles sobre el nido de la chimenea, y de algún modo nota un cierto bienestar en su pecho, como una fórmula benefactora que diluye el malestar que lo asaltó al salir de la comisaría. Se rebusca en el pantalón pero no encuentra la llave, ha debido caerse en alguna parte, supone, y divisa los tejados bajos de Gotzc y ese mundo grande y difícil de comprender donde estará la llave de su puerta. Entonces ve al cenube detrás de unos matojos, como un niño indefenso, pero no está preparado para echarlo. Ella también tenía razón en eso, se dice; nunca sirvió para protegerla. Y al pensarlo coloca su mano sobre la cerradura y la hunde de golpe, con una fuerza inhumana. En el vestíbulo lo asaltan una vez más los fantasmas de otras épocas, en medio de esa cortina de polvo fantasmagórica que flota sobre muebles cubiertos por sábanas y trapos, y bajo ese silencio en cuyas raíces podría descubrir los signos de sus actuales moradores, diminutos viajeros que ahora se deslizan por nidos socavados en el yeso o en la madera.

En la biblioteca comprueba que todo sigue como ha estado hasta ahora, y se sienta en un sillón con la duda de apagarse de una vez por todas. ¿Cómo podría hacerlo? No sabía que pudiera y, sin embargo, una breve revelación de su propia memoria vuelve a contradecir sus prejuicios. Pero Glio anula y destruye recuerdos fugaces que parecen invadirlo como intrusos y prefiere refugiarse en el ámbito seguro de sus conocimientos normales y de sus deseos. Al fin, cuando se levanta, parecen haber pasado ya varias horas; al menos por la posición de las luces moribundas en las losetas de mármol. Ahora se asoma por un hueco de la ventana de la cocina y lo ve de nuevo, después de un rato, agachado sobre una piedra. Vigila la casa, se dice. ¿O tal vez pretenda también robarla, como ya lo hicieron otros? Algo le insinúa que no es probable que eso ocurra, y enseguida se agacha para abrir la loseta. En el hueco extrae la bolsa con las joyas y la introduce en el bolsillo de su chaqueta raída.

Ya de pie, Glio abre la nevera; un hedor tibio lo invade, obstruyendo sus sensores. Los alimentos parecen haberse corrompido durante algún proceso en que el generador necesitó de todos sus recursos para seguir manteniendo la estabilidad del sarcófago. Sin embargo, pronto saca una manzana con algunas manchas grises en la cáscara rojiza. Luego sale a la intemperie por la puerta principal; el sol de este planeta reluce entre masas blandas y amorfas de nubes que se pierden por las colinas del

sur. Entre los arbustos adivina la forma del cenube, que ahora parece acompañado por otro más alto que observa la casa envuelto en una especie de capa protectora para las tormentas. Glio hunde sus zapatos en la gravilla principal del sendero hasta detenerse junto a su roca; en silencio, pone la manzana sobre la piedra y pronto, lento y algo triste, vuelve a refugiarse en la casa.

Al anochecer los cenubes ya han desaparecido de las inmediaciones; el pequeño deforme se llevó la manzana por entre las matas, mientras el otro se demoraba largo rato contemplando el edificio, hasta que Glio decidió retirarse de las cortinas para no ser descubierto. Sentado, apenas se atreve a mover un músculo sintético; aún sigue sin reparar la puerta rota, pese a las amenazas que lo rodean por todas partes. Bajo las sombras, con los brazos extendidos sobre su sillón, como un viejo familiar que espera con paciencia el momento en que despierte un enfermo crónico, Glio recuerda aquella primera noche en que, tras descubrir que ella lo había dejado solo para irse al sarcófago de idrolita, decidió apagarse para siempre. No... no fue un fallo del sistema, se repite con algún balbuceo y aun con alguna resistencia. No lo fue, admite; por eso no quiso seguir moviéndose y se convirtió en una estatua en el jardín abandonado de una casa sin vida. Cuando pudo despertarse de nuevo ya habían pasado muchas órbitas y varios ciclos, y las tormentas y el sol habían echado a perder sus ropas.

Simplemente sucedió así, aunque pretenda recordarlo de otra manera. En el silencio de la noche, ahora sumerge su mente en un proceso estacionario, recordando instantes de otros tiempos en los que la veía aparecer protegida con una bata y con sus zapatillas rojas, o cuando él mismo le preparaba las maletas antes de que se fuera de viaje. O cuando la escuchaba al otro lado de alguna pared, con aquellos murmullos tan extraños que emitía al dormir junto a otro hombre.

De pronto oye un ruido que procede de fuera.

—¡Mira aquí! —dice una voz humana, y durante unos segundos la ventana de la biblioteca se inflama de luz por los huecos de los tablones y las cortinas. Las pupilas automáticas de Glio se reducen mientras observa la silenciosa oscilación del péndulo de un reloj de bronce. Pronto vuelven las sombras, pero los pasos por la hierba y la grava de los alrededores parecen haberse multiplicado, como las voces de varios individuos. Con la lentitud de un coloso de piedra, Glio se aproxima a un espacio entre las cortinas. Al fin ve a un grupo de policías merodeando por los jardines y casas de la ladera. Buscan ladrones, se dice, y se alegra de que puedan proteger las propiedades de su señora. Luego se sienta de nuevo en el sillón y se aletarga.

El amanecer sorprende a Gotz sumergida en un océano de brumas del que apenas sobresalen la veleta de la Torre Observatorio, la cúspide de una nave-fortaleza del puerto, protegida por una esfera transparente

como una pompa de jabón a punto de extinguirse, y las mesanas de algunos barcos hundidos en un río invisible. Varios perros salvajes ladran desesperados desde diversos rincones de las montañas circundantes, y un pequeño carguero aterriza hacia el norte, centelleando durante un momento como una mota de plata. Al abrir la puerta de entrada, Glio observa las ruinas de un paisaje irreconocible bajo la niebla; pero al poco rato ve la sombra del pequeño cenube, un poco más abajo, entre arbustos. Se mete otra vez en casa y a los pocos minutos aparece con un plato de gramneas muy maduras que su señora dejó olvidado en una despensa. Se acerca con lentitud a la roca y deja allí la comida sólo para descubrir que alguien ha dejado encima una especie de talla redonda, diminuta y de color azul, con un signo grabado en el centro. Un colgante, deduce, y lo recoge por su cordel de lana. Se parece mucho, quizá demasiado, al colgante de piedra de aroletta de su señora. ¿Quién ha podido copiarlo?, y ya erguido adivina el gesto entre intrépido y temeroso del cenube.

Glio se lo mete en el bolsillo y desciende por el sendero, mientras las brumas devoran el promontorio de plantas y matorrales en el que se refugia la criatura. No sabe bien la causa, aunque algo lo impulsa a acercarse al cenube, quizá para que le cuente cómo ha podido fabricar el objeto. Pero un silbato cruza el aire, dejándole inmóvil, al borde del camino.

—¡Quieto, no te muevas! —grita una voz chillona, casi femenina; al

girarse despacio observa a un joven moreno con uniforme que le apunta con un arma metálica.

—¡Te he pillado, colega! —proclama eufórico, mientras intenta sacar un aparato electrónico de un bolsillo de sus pantalones.

—Eres mi *irglop* de la suerte, grandullón —comenta con una sonrisa nerviosa, y avanza unos pasos; es un joven delgado de ojos grandes e inseguros, muy parecido al humano que lo acompañó a la sala de la señora policía. Glio no entiende bien lo que ocurre.

—Y ahora me vas a decir dónde está tu grupo y cuántos sois, ¿vale? —ordena, y de inmediato se lleva el dispositivo a la oreja—. ¡Lenoiz! ¿me oyes? ¡Lo he pillado, tío; la jefa tenía razón!

Glio supone que debe tratarse de un error inevitable. Ellos, verdaderos centinelas, siguen la pista de los ladrones que robaron en la casa de su señora. Por eso, tan sólo debe aclarar el hecho mostrando la llave... pero ya no tiene llave de la casa, y por un momento extrae de la chaqueta el colgante de barro.

—¡Quieto! —grita el policía, casi histérico, y se le cae el aparato de comunicación al suelo. Glio extiende y abre la mano, pero algo le quema en el pecho y en el hombro izquierdo y, casi enseguida, en una pierna. Sin poder evitarlo, trastabilla y cae de espaldas sobre la hierba; luego oye pasos y ruidos confusos que no sabe atribuir a nada concreto, casi como si los imaginase.

—Duele —dice en voz baja, oculto su cuerpo entre las matas.

¿Cómo?, reflexiona con los ojos en blanco, ¿cómo ha podido engañar a su conciencia, describirle hechos que no fueron, que nunca han sido? Si se apagó por una orden propia para luego olvidarlo, ¿por qué sigue creyendo que ella duerme? Así, Glio vuelve a distinguirla mientras su rostro hermoso (porque era, debía ser hermoso) se iba descomponiendo dentro del sarcófago bajo una capa de vapores turbios. ¿También en eso se engaña? ¿Pero cómo? Ni siquiera estaba programado para hacerlo, piensa; cuando al fin logra enderezarse con dificultades, se acerca de nuevo al camino, donde distingue un charco de sangre sobre la grava y un zapato. Se palpa a ciegas los agujeros y quemaduras de sus heridas, pero aún se mueve más o menos como antes, a excepción de una cojera en la pierna dañada, a la altura del muslo.

Gran parte de la bruma se ha ido disipando por las montañas; así resurgen, una vez más, el sendero de la ladera, los tejados de los arrabales o los buques de carga del muelle a lo lejos. El rastro de sangre se diluye en manchas dispersas que tiñen los juncos silvestres y la tierra húmeda. Glio necesita hablar cuanto antes con el policía joven; contarle del robo que se produjo en la casa donde habita para que, de esa forma, pueda servir de ayuda a quienes persiguen a los hombres malos y de paso proteger las propiedades de su señora. Ser, en definitiva, útil a su servicio. Así, se interna por una plantación salvaje de arucos, abandonados por las lluvias y tan altos que le llegan a la altura de los hombros. Algunos

insectos tratan de horadar inútilmente su carne sintética, pero Glio no los aparta ni los asusta.

Cuando la pierna herida se niega a seguir su marcha y el dolor le alcanza hasta la cintura, se sienta con lentitud en una suave depresión del terreno. Hacia el norte escucha algunos gritos y una sirena, y pronto algo lo sumerge en un flujo de recuerdos que lo llevan al jardín, bajo el paso continuo de los ciclos; ya entonces no puede moverse, o al menos así lo ha decidido pero, por alguna razón que ahora mismo descubre, es capaz de intuir lo que pasa a su alrededor, como un sonámbulo consigue ver lo que tiene delante mientras sueña. Por eso vio al señor De Ziiv con otros hombres, llevando muebles que introdujeron en un camión, y luego (¿cuántos ciclos más tarde?; no lo sabe) volvió a encontrarlo con una mujer desconocida, inspeccionando la casa, y luego no vio a nadie, durante mucho tiempo, excepto a unos niños que saltaron y rieron muy cerca de él. Pero más tarde descubrió al vigilante entre los matojos y las ramas, aunque apenas pudo razonar sobre su presencia; un ser deforme que lo vigilaba medio oculto, pero sin acercarse nunca al jardín. Un día la criatura dejó a sus pies un trozo de madera tallada, pero los niños de los huertos se la llevaron una o dos órbitas más tarde. ¿Cómo pudo olvidarlo?

Y después, durante un largo lapso de silencio, dejó de sentir lo que pasaba más allá de su carne; del envoltorio sintético que recubre su organismo artificial.

—Mi Glio no podría vivir ahí fuera; eso seguro —escucha ahora a la voz.

Y parece que las palabras han sido dichas en ese mismo momento.

Sólo entonces divisa a un individuo envuelto en una capa que lo mira agachado, con los brazos sobre la tierra y las manos sucias de polvo y sangre. Tiene un cráneo ancho de un color macilento, con una cabellera morena y escasa que casi parece brotar en mechones aislados, y un rostro feo de barbilla huesuda y ojillos vidriosos. Glio supone que debe ser el otro cenube; el más alto, el que siguió al pequeño hasta la ladera. Durante varios minutos se miran sin decir una sola palabra, e incluso Glio observa el arma afilada que descansa del cinturón de la criatura.

—Tú —dice al fin el cenube con un acento extraño y un sonido gutural—. Pensé muerto; no movías. Cuando vuelvo no encuentro tú. Herido, pero no sangras con sangre.

Glio se mira los agujeros de la ropa, y siente que ese ser tiene razón. Está herido o debe estarlo; sobre todo por el peso que nota en su pierna.

—Buscan ladrones —resume Glio al fin, sabiendo que es la primera vez que entabla comunicación con alguien no del todo humano—. El hombre de arriba...

—Ya no hiere más —interrumpe el cenube, y se pone en pie mientras otea por encima de los juncos; luego vuelve a agacharse en silencio, colocando las manos largas y huesudas sobre la tierra. Glio se fija en las manchas azuladas que cubren su piel, en la forma en que se dobla su brazo, tan diferente al de los hombres.

—Vo't dice tú guardar piedras que dan dinero —dice de pronto el

cenube. Casi sin pensarlo, Glio se palpa el bolsillo de la chaqueta donde guarda la bolsa con las últimas joyas de su señora. Por un instante varios pensamientos simultáneos asaltan su mente, como fugarse o seguir la búsqueda del policía que le hirió con su pistola.

—Yo... —murmura Glio. Se siente como un niño al que han sorprendido en una travesura espontánea.

—Vienen, ellos —anuncia el cenube—. Ahora matarán tú.

Glio querría saber por qué los hombres desean matarlo, si no ha hecho nada malo.

—Me matarán —masculla despacio, con el rostro imperturbable, pero bajo una fuerte sacudida interior que nunca hubiera previsto.

—Vo't conoce tú, hace tiempo —cuenta el cenube, y le apunta con un dedo sucio sin uña. A Glio le gustaría decir ahora que sólo necesita ponerse en pie y refugiarse de nuevo en la casa, generar una desconexión en su propio sistema y destruirse para siempre, evitando así que sean otros los que lo hagan, pero en el fondo no se encuentra con fuerzas como para explicarlo.

—¿Querer morir, arriba? —dice de pronto el cenube, y Glio no sabe cómo ha podido saber lo que estaba pensando—. Escucha. Todas familias nosotros viven abajo, con deudas, esclavos de hombres; todas viven mal. Pero tú piedras que dan dinero.

De modo que es eso: un ladrón cenube trata de robarle lo poco que le queda.

—No tengo nada, señor —responde mientras trata de levantarse, pero

el peso de su cuerpo le hace caer de nuevo sobre la tierra—. Por favor, déjeme, señor.

—Mañana, después de noche, sale barco —revela el cenube, y mira melancólico hacia la ribera—. Es viaje secreto, pero no bastantes monedas para todos. Llevan familias, a E'ritra. Así no vivir más aquí, en ciudad de hombres, en muelle. Podemos volver con nuestros, por fin.

Obstinado, Glio se levanta cubierto de polvo y suciedad, con regueros de un líquido viscoso que se derrama por los codos de su chaqueta rota.

—Tú, dinero —repite el cenube, que ahora también se endereza, aunque de forma grácil, casi acrobática—, nosotros poco. Morir abajo, enfermos, no salir nunca todos de lugar, aquí. Buscarán a mí por hombre que hiere; buscarán cuerpo.

—Por favor. Déjeme, señor —murmura Glio y pasa junto al cenube como un gigante aturdido.

—Barco al amanecer —escucha la voz, cada vez más lejos—, cuando campana toca cinco veces. Luego mucho tiempo para vuelta. Demasiado para algunos. Poder ayudar; salir con nosotros.

6

Durante el resto de esa órbita Glio se mantiene aferrado a su sillón, decidiendo el segundo oportuno en que pondrá fin a sus problemas. Al mediodía escucha nuevos pasos por los alrededores, un alboroto de hombres y perros que rastrean por la zona a través de los senderos de las casas

solariegas. No comprende bien lo que dicen los humanos, pero ahora le gustaría contarles que si se des-pertó fue para proteger a su dueña; que si vendió el colgante de roca fue para reparar un fallo que nunca tuvo, sólo porque un desequilibrio de su sistema ha engañado de algún modo a su propia consciencia, y que nunca ha querido hacer daño a nadie, aunque lo haya hecho. Rompió el juguete de Urlet porque sus manos son muy grandes y torpes; tal vez si hubiera aprendido algo, o si hubiese tenido la ocasión de crecer, como lo hicieron los niños de las otras casas, su situación habría mejorado. Pero Glio nunca tuvo infancia, y su cuerpo siempre fue de la misma estatura y volumen. Por eso destruyó el frágil equilibrio de la cámara de idrolita, porque jamás tuvo la ocasión de crecer y saber que las cosas cambian.

Con los ojos cerrados, Glio reflexiona. De sus heridas ya sólo queda la huella de ciertas quemaduras en la ropa y su carne sintética, pero apenas le molestan más que como un escozor sobre unas cicatrices formadas por una sustancia reparadora. No puede evitarlo; todo lo que toca, todo lo que lo atrae de alguna forma, acaba roto o inservible, pasto del olvido o la destrucción. Ahora es el momento de morir, de morir definitivamente, o al menos de apagarse hasta que un ciclo cualquiera esta casa se caiga a pedazos o venga un nuevo dueño para habitarla. De repente suena la campana de la Iglesia Nuviha de Gotzc: la tercera hora nocturna.

—¿Querer morir, arriba? —le dijo el cenube, una criatura cuyos pode-

rosos ancestros vivieron hace muchos ciclos por el planeta.

“Los sifaros”, se dice en silencio y confuso; ha leído decenas de libros sobre la antigua raza, sobre sus habilidades mentales y sus logros. Sí, hubo una época en la que el tema lo atraía tanto que provocaba la risa de ella, de su señora. ¿Y los cenubes? Sabe tan poco de ellos, y sin embargo los imagina ya en el puerto, como los vio en la otra órbita; algunos vestidos con harapos y capas de lana. E'ritra, piensa; la península de los sifaros, la patria amada de esa especie híbrida que sobrevive en medio de enfermedades y aires que no son los suyos. Lo siente de alguna forma, e incluso aprieta los puños en el asiento, pero no puede ayudarlos.

De repente escucha un sonido suave, como un instrumento musical que no conoce pero que le suena agradable; un bálsamo para sus sentidos. Recuerda al pequeño cenube entre los arbustos, mirándolo una órbita tras otra, mientras estaba en el banco del jardín. ¿Por qué? ¿Qué esperaba al ir a verlo?

—No puedo —murmura—. No puedo vivir... fuera.

Sopla el viento.

No obstante, es apenas una brisa que peina las hojas de los alirios y agita las zarzas salvajes y las plantas libres que crecieron ya sin que nadie las regara ni se ocupase de ellas. Un perro famélico aúlla desde una granja perdida, mientras espera una respuesta que nunca llega desde algún rincón de las montañas. La casa del nido de croaces parece hoy amortajada por una luz lechosa que recubre su tejado,

penetrando débilmente por los intersticios de las tablas de madera que sellan sus ventanas hasta derramarse en algún objeto inmóvil de su interior sombrío. Hacia el oeste llegan los ecos de voces de seres que rastrean con pequeños vehículos, proyectando potentes haces de luces que cegaban a los animales que merodean por la colina; en alguna ocasión se ha escuchado algún disparo, y un grito de advertencia que rompe la calma del entorno.

Al fin la puerta principal se abre con un chasquido brusco; un gigante lento con ropas sucias y rotas sale al jardín abandonado. Entre una capa baja de nieblas que se desliza por la ladera, iluminada por los resplandores débiles del sol que apenas sobresale por el horizonte, Glio distingue no muy lejos a varios grupos de policías que suben con linternas y armas, acaso buscando la presencia de intrusos o delincuentes. Recuerda los rastos de sangre por los arbustos y los juncos, y se pregunta si esas patrullas no estarán siguiendo la pista de quienes se perdieron en la órbita anterior. Ajeno a los gritos, a las carreras y luces que oscilan de un lado para otro en busca de alguien, Glio desciende al comienzo del sendero de grava; allí lo ve de nuevo, expectante, junto a otro de su misma especie, como esperando a que salga. ¿Cómo lo ha sabido?, se dice, pero le resulta imposible encontrar una salida lógica a ese enigma. En el fondo ya debería estar tan muerto como su señora, apagado sin remisión, oculto a la mirada de cenubes y niños, de policías y ladrones; no debería estar ahí fuera, caminando.

Al llegar cerca de la roca donde solía sentarse en otras épocas, Glio se detiene y observa al pequeño cenube, que ahora le sonríe con un ojo algo entrecerrado y tumefacto. El otro individuo que lo acompaña es mucho más viejo, y luce hebras sueltas de un pelillo blanco y deshilachado, mientras lo mira con una expresión extraña en sus ojos saltones. Ambos visten con capas protectoras y unas sandalias viejas manchadas de barro, propias de quienes no subieron por los caminos de costumbre, sino por otros más recónditos y seguros. Detenido, Glio gira su cabeza, casi incrustada entre los hombros, y adivina un chorro de luz que cruza la casa del tejado negro.

—¡Allí! —grita alguien entre la niebla evanescente, y en ese momento el viejo cenube le hace un gesto para que lo siga de prisa.

Pronto atraviesan un campo plagado de plantas pegajosas que se solapan al rostro de Glio y a sus ropas como si quisieran seguirlo en su desgracia. El cenube anciano guía la marcha mientras el pequeño forma la retaguardia del grupo, vigilando desde atrás cualquier movimiento amenazador. Poco rato después llegan a las afueras de unas casitas viejas y medio derruidas, y donde varios seres, entre ellos humanos de aspecto muy pobre y cenubes monstruosos, con algún miembro tullido, les indican algo, les señalan con las manos en alguna dirección.

—¡Campanas sonaron, vamos! —dice el guía, y los lleva a una red de callejones de los que emanan efluvios indelebles de olores tristes

o repugnantes que tienden a estancarse en el agua turbia de los charcos que tanto abundan por todos sitios. ¿Dónde está la criatura con la que habló ayer, la que supo que tenía dinero, o al menos piedras con las que poder pagar cosas? Glio no sabe dónde está ni tampoco tiene una idea clara de adónde lo conducen; quizá lo protegen de los policías de la ladera, pero tampoco puede suponerlo sin algunas dudas razonables. Ya en el muelle de Gotzc, el viejo y el pequeño lo acercan a un grupo de unos ocho individuos que aguardan de pie con bolsas y mantas enrolladas; entre ellos, mujeres cenubes de caderas muy anchas y pechos caídos, que sostienen entre sus brazos a niños o bebés pequeños. Enseguida reconoce al cenube alto, acompañado de otros dos de su misma especie.

Descansando junto al puerto se destaca un barco no muy grande, con el casco lastimado por costras y estrías de óxido que recorren su vieja estructura, y desde cuya baranda azul se asoma un hombre con gorra que parece mirar al grupo con indiferencia o hastío.

—Éstas, familias nosotros —dice el cenube mayor—. Sabía que venir; sueño dijo nosotros. Sabía.

Glio observa la expresión de algunas de las hembras cenubes, andrajosas y muy bajas, de cabellos rubios o grises y gestos fatigados; una tiene los ojillos amarillentos húmedos de lágrimas y adopta un rictus de resignación pasiva, como si no fuera la primera vez que estuviese allí en el muelle, esperando un milagro. Entonces, los cenubes rodean a Glio como due-

des en torno a un gigante mudo, y lo conducen hasta el puente del barco, cuyo mascarón de proa parece ser un percutido monstruo mitológico, con la forma de una criatura anfibia. El hombre de la baranda escupe sobre el agua verdosa.

—¡Venga, que no tengo todo el día! —grita—. ¡O pagáis o ya estáis lejos de mi barco!

El cenube alto hace una seña al resto de su grupo; luego mira a Glio.

—Pesquero lleva a E'ritra, quince órbitas. Ochocientos gorleps para todos. Yo, Gl'enaro y E'qka quedar aquí si no bastante dinero.

Glio se gira un poco y ve la ladera, las casas fantasmales; una de ellas es la suya, le dice una voz en su interior. Sólo debe regresar, ahora. Sólo eso.

—Tengo... esto —dice, y saca la bolsa abierta. A la lívida luz de la aurora, la aroletta, el zircadonio y el rocaluz destellan ante unos rostros algo deformes, que nunca han llegado a ver algo parecido.

—En E'ritra trabajo —cuenta el cenube en voz baja, tras recoger la bolsa de Glio de su mano enorme—, y gente nosotros ayudar. Allí vivir, entre nosotros. Me llamo O'queno.

—Yo... me llamo Glio —dice Glio, confuso—. Ahora... debo regresar.

—Glio —pronuncia una mujer cenube, y coloca su mano salpicada de manchas grises en su brazo. Enseguida nota como una reacción interna de descarga; una especie de energía que se propaga en ondas invisibles hasta su cerebro. No sabía que los hombres pudieran hacer algo

así, se dice; pero ese ser no es humano, al menos no del todo, concluye mientras la observa en silencio.

—Glio —murmuran los otros, casi a coro, como si pronunciaran algún canto antiguo o la invocación de un conjuro.

A esas horas una actividad ya muy ruidosa comienza a apoderarse del puerto. Unos estibadores gordos empujan una jaula en la que se agitan unas babosas gigantes de color azul, mientras varios cenubes pálidos tiran de unas cuerdas desde la cubierta de un buque. A Glio le gustaría decir que ya es hora de irse, de volver a esa casa que no es suya y consumir su tiempo en las tinieblas de objetos inertes y familiares, pero de algún modo se deja arrastrar por esos cenubes que repiten su nombre despacio, una vez tras otra.

—Glio —cantan en voz baja, y observa al pequeño cenube que le encontró hace tantos ciclos en el jardín, con una sonrisa torcida y un semblante curioso. ¿Acaso no puede hablar?

El capitán vuelve a escupir al agua mientras refunfuña: —¡Me estáis haciendo perder el tiempo, engendros!

Quisiera resistirse, explicarles que esas joyas ya no le hacen falta y que con ellas pueden ir a la antigua región de los sifaros —seguro que algún hombre bueno lo entiende—, pero que él no ha sido hecho para salir fuera, para vivir ahí, en el exterior, en ese mundo tan grande y difícil; que nunca creció ni envejecerá, ni su cuerpo podrá cambiar de tamaño como lo hace el de los humanos, y acaso también el de los cenubes.

—Mi Glio no podría vivir ahí fuera; eso seguro —escucha una voz remota.

Le gustaría aclarar todo eso y, sin embargo, no lo hace; no sabe si es por algún motivo asociado a su voluntad insegura o a un impulso propio y secreto. ¿Estará de nuevo bajo un proceso de autoengaño? Al fin, ya a bordo, el motor del barco reverbera por toda la cubierta mientras distingue a otros cenubes que se agrupan por las barandas como si nunca hubieran visto Gotzc desde ese lado del río.

—Ahora tú uno entre nosotros —le dice O'queno junto al pequeño y, cuando alguno de esos cenubes pasa cerca de él, pronuncia en susurros su propio nombre.

“Glio”.

—Escucha... —le revela O'queno a continuación, algo cabizbajo—. Capitán dice no poder tú abajo, a camarotes. Pero Vo't y yo pasamos noches con tú, si querer, aquí arriba, hasta llegar a tierra.

Junto a la baranda, mientras el sol de ese mundo resurge una vez más por las montañas, iluminando las flores acuáticas de la ribera y los grandes árboles de las colinas, Glio se da cuenta de que nunca antes ha estado tan lejos de la casa de su señora. El paisaje fértil se expande ante su mirada como un dominio desconocido que le deja mudo, casi indefenso. Abre las fosas nasales, y de inmediato recibe una descarga de sensaciones nuevas: el aire puro, la fragancia de plantas que nunca antes ha visto, raíces que bailan en el agua de las orillas esperando a que alguien las contemple en su danza hipnótica. Al fin se gira y ve a los cenu-

bes que le han llevado a ese barco, apiñados casi en la proa mientras encuentran consuelo y refugio en el grupo. A veces algunos lo miran con gestos que no logra descifrar ni entiende, pero algo cambia en apenas un segundo;

algo que apenas podría expresarse con palabras. Por primera vez, desde que fue construido, Glio deja de sentirse solo.

© CARLOS PÉREZ JARA, 2014.



CARLOS PÉREZ JARA
(España —Sevilla, 1977—)

Meduloso escritor, en **NM** publicó “Piel y tinieblas” (# 30) y “La muerte es un río inagotable” (# 32).

	PROXIMA es una revista trimestral dedicada a la difusión del género fantástico y la ciencia ficción producidos en el mundo hispanohablante. http://revistaproxima.blogspot.com/	CONSIGALA EN: CLUB DEL CÓMIC: Montevideo 255, CABA CLUB ORSAI / QUISOQUITO DE LIBROS: Estados Unidos 2786, CABA EL BANQUETE LIBROS: La Pampa 2508, CABA ENTELEQUIA Belgrano: Juramento 2584, CABA ENTELEQUIA Centro: Uruguay 341, CABA ESPACIO MOEBIUS: Belmes 696, CABA KIOSCO DE DIARIOS Y REVISTAS PUCARÁ: Av. Corrientes 5539, CABA LA COMARCA, THE OUTER RING COMICS: Neaquin 696, CABA LIBRERÍA TERRAMAR: Av. de Mayo 1193, CABA TARDIS: Kiosco de revistas, cómics y libros: Av. Independencia esq. París, CABA KIOSCO DE DIARIOS MORENO: Piovano esq. Martínez Melo, Moreno (BA) LIBRERÍA LPI-BROFOS: Martínez Melo 178, Moreno (BA) LIBRERÍA TIEMPOS DE PAPEL: Calle 27 nº 354, al 16 y 18, Mercedes (BA) FURO CÓMIC: 3 de Febrero 1160, Rosario (SP) TAMBIÉN EN:
--	--	---

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Para comercializar ejemplares en soporte papel
se debe solicitar acreditación
como impresor autorizado.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

e_ditores@yahoo.com.ar

<http://editores.sub.cc/>



Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

Para ver una copia de esta licencia,
visita http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es_AR.

